



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

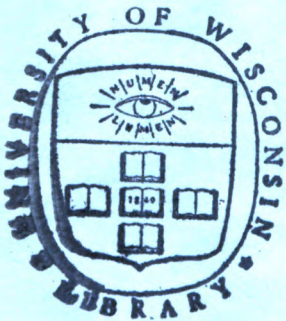
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

SEGUR, LOUIS GASTON ADRIEN DE

La Revolución

SEGUR, LOUIS GASTON ADRIEN DE

DE



37-M-3

LA REVOLUCION,

POR

MONSEÑOR SEGUR.

Traducida al castellano

Por P. M. de L.

MEXICO.

IMP. LITERARIA, 2.^a DE STO. DOMINGO N. 10.

1864.

EL TRADUCTOR.

He emprendido la traduccion de esta obrita con el fin de proporcionar á las personas que no pudieran leerla en su lengua original, la ocasion de estudiar y meditar las verdades que encierra. Estas son de la mayor importancia y de actualidad. Ademas, creo que hasta el dia no se habrán escrito muchos folletos que en tan poco espacio digan tanto y tan bueno.

He procurado atenerme, en cuanto ha sido posible, al texto, y espero del benévolo lector disimulará las faltas que pueda encontrar en mi trabajo. Mi único y mas vivo deseo seria que la lectura del mismo produjese buenos frutos en beneficio de la sociedad y de mi patria.—M. DE L.

DC
158.2
S4

PROLOGO DEL AUTOR.

A LOS JÓVENES.

A esos dedico estas páginas, por dos razones: la primera, porque su inteligencia todavía no está maleada por doctrinas perversas; y la segunda, por ser ellos, en lo porvenir, la esperanza de la Iglesia y de la Francia.

La adolescencia es la edad decisiva de la vida. Durante su período se forman la inteligencia y el corazón, y toman, como la fisonomía, un carácter, una forma que ya nunca pierden. El Soberano Hacedor lo dijo: *Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedit ab ea.*

Los jóvenes entran en un mundo que anda como un navío á la merced de las olas, porque ya le faltan principios, y por-

VI

que desde hace mas de un siglo á esta parte, la enseñanza incoherente de mil falsos doctores lo aleja mas y mas de la fé y del sentido comun. Ellos leerán en los papeles públicos, verán por do quiera tantas locuras y mentiras, que serán arrastrados infaliblemente, si no tienen para defenderse principios verdaderos y sólidos.

No pretendo tratar en este corto trabajo todo lo que ofrece la cuestion; mi único objeto es hacer comprender claramente á mis jóvenes lectores: 1º, lo que es la Revolucion; el por qué y el cómo la Revolucion es la gran cuestion religiosa de nuestra época; 2º, lo que son realmente los principios proclamados en 1789, y cuáles son las ilusiones que pueden arrastrarnos al error revolucionario; en fin, cuáles son los deberes de los verdaderos cristianos en este siglo de trastornos y ruinas que estamos atravesando.

Ageno á todo partido político, me concreto á una exposicion razonada de principios del punto de vista mas importante

VII

de todos, el de la fé, y cada cual podrá fácilmente sacar la conclusion práctica, aplicando estos principios segun pueda.

Nada mas práctico para vosotros, jóvenes, que estas nociones abstractas en apariencia; nada mas necesario para vosotros, pues á vosotros, jóvenes buenos y honrados, sabedlo bien, á vosotros principalmente dirige sus tiros la Revolucion, para haceros marchar contra Dios. Ella ha dicho en un escrito oficial: "A la juventud hemos de seducir y arrastrar bajo nuestras banderas, sin que ella lo conozca."

Ya lo oís: os quieren seducir y perder; yo quisiera guiaros. El único antídoto para el veneno que os preparan, es la verdad. Lo que hace tan vulnerable á la sociedad moderna, es la falta de principios; esto falta, ante todo, á los hombres de buena fé, que son muchos. Y vosotros, jóvenes, que dentro de poco sereis la fuerza viva de esta sociedad caduca, vuestra mision es la de conduciros mejor que vuestros padres, y valeros de todos los medios para salvarla.

VIII

Y suplico mediteis sobre las verdades que he reasumido aquí para vosotros. Las entrego con toda confianza á vuestra buena fé y buen deseo, y sentiria mucho hubiese algun jóven católico que no comprendiera su importancia.

El Sumo Pontífice ha bendecido este trabajo desde que lo emprendí. Espero que esta sagrada bendicion se extenderá á cada uno de mis lectores, y suplirá la imperfección de mis palabras.

LA REVOLUCION.

I.

La Revolucion.—Lo que no es.

Esta palabra es muy elástica, y se abusa de ella á cada paso para seducir la inteligencia de los hombres.

La Revolucion en general es un cambio rápido que se hace en las costumbres, ciencias, artes ó letras, y, sobre todo, en las leyes y los gobiernos de las sociedades. Pero en Religion y política es un triunfo, el desarrollo completo de un principio subversivo de todo el antiguo orden social.

Por lo regular, la palabra *Revolucion* se toma en mal sentido; sin embargo, esta regla tiene sus excepciones. Así se dice: "El cristianismo causó una grande revolucion en el mundo;" y esta revolu-

ción fué muy provechosa. Lo mismo se dice: "En tal ó cual país ha estallado una Revolución, que lo ha pasado todo á sangre y fuego." Esto también es revolución; pero una revolución muy mala.

Hay una gran diferencia entre una *revolucion* y lo que desde hace un siglo se llama LA REVOLUCION. En todos tiempos hubo revoluciones en la sociedad humana, mientras que la Revolución es un fenómeno del todo moderno, nunca visto.

Muchos son los que creen (porque así lo leen en los periódicos) que todos los adelantos en industria, comercio, bienestar; que todas las invenciones modernas en artes y ciencias desde sesenta años acá; muchos creen, repito, que todo esto se debe á la Revolución; que sin ella no tendríamos telégrafos, ferrocarriles, ni vapores, ni máquinas, ni ejércitos, ni instrucción, ni gloria; en una palabra, que sin la Revolución todo estaria perdido, y que el mundo volveria á las tinieblas.

Nada mas falso. Si en tiempo de la Revolución se hizo algun progreso, no por esto le causó ella. El gran sacudimiento que ha impreso al mundo entero, habrá precipitado sin duda el desarrollo de la civilización material, en algunas

cosas; pero en cambio lo ha detenido en muchas otras. Lo cierto es que la Revolución, considerada en sí misma, nunca ha sido el principio de ningún progreso.

Tampoco ha sido, como se nos quiere hacer creer, la libertad de los oprimidos, la supresión de los abusos inveterados, el mejoramiento y progreso de la humanidad, el esparcimiento de las luces y conocimientos, la realización de todas las aspiraciones generosas de los pueblos, &c., &c.; y de esto nos convenceremos cuando la conozcamos á fondo.

Tampoco debe creerse que la Revolución sea el grande hecho histórico y sangriento que ha trastornado la Francia y aun la Europa al concluir el último siglo. Este hecho, mirado tanto por parte de su moderación como en sus excesos mas espantosos, solo ha sido un fruto, un producto de la Revolución, que en sí, es mas bien una idea, un principio, que un hecho. Es muy importante no confundir estas cosas. ¿Qué es, pues, la Revolución?

II.

Lo que es la revolucion, y cómo es una cuestion religiosa no menos que política.

La Revolucion no es una cuestion puramente política, sino tambien religiosa, y bajo este punto de vista únicamente hablo de ella aquí. La Revolucion es, no solamente una cuestion religiosa, pero es la gran cuestion religiosa de nuestro siglo. Para convencerse de ello, basta la reflexion y concretar la cuestion. Tomada en su sentido mas general, la Revolucion es la rebeldía erigida en principio y en derecho. No se trata del mero hecho de la rebelion, pues en todos tiempos las ha habido; se trata del derecho, del principio de rebelion, elevado á regla práctica y fundamento de las sociedades; de la negacion sistemática de la autoridad, legítima, de la teoría de la rebelion; de la apología y orgullo de la misma, de la consagracion legal del principio de toda rebelion. Tampoco es la rebelion del individuo contra su legítimo superior; esto se llama desobediencia; es la rebelion de

la sociedad, como sociedad; el carácter de la revolucion es esencialmente social y no individual.

Tres grados hay en la Revolucion:

1º La destruccion de la Iglesia, como autoridad y sociedad religiosa, protectora de las demas autoridades y sociedades; en este grado, que nos interesa directamente, la Revolucion es la negacion de la Iglesia erigida en principio y formulada en derecho; la separacion de la Iglesia y del Estado, con el fin de dejar á este descubierta y quitarle su apoyo fundamental.

2º La destruccion de los tronos y de la legítima autoridad política, consecuencia inevitable de la destruccion de la autoridad católica. Esta destruccion es la última expresion del principio revolucionario de la moderna democracia, y de lo que se llama hoy dia la *soberanía del pueblo*.

3º La destruccion de la sociedad, es decir, de la organizacion que recibió de Dios: de otro modo: la destruccion de los derechos de la familia y de la propiedad en provecho de una *Abstraccion*, que los doctores revolucionarios llaman el *Estado*. Es, por último, el socialismo, fin principal de la Revolucion perfecta, rebellion

postrema, destruccion del último derecho. En este grado, la Revolucion es, ó mas bien seria, la destruccion completa del órden divino en la tierra, y el reinado perfecto del demonio en el mundo.

Formulado por la vez primera por J. J. Rousseau, y luego en 89 y 93 por la Revolucion francesa, la Revolucion se mostró ya en su origen como la enemiga implacable del cristianismo. Sus furiosas persecuciones contra la Iglesia recuerdan las del paganismo. Ella sacrificó obispos, asesinó sacerdotes y toda clase de católicos, cerró ó destruyó templos, dispersó las órdenes religiosas, y arrastró por el fango las cruces y reliquias de los Santos. Su rabia se extendió por toda Europa, rompió todas las tradiciones, y hasta llegó á creer, un momento, haber destruido el catolicismo, al cual llamaba con desprecio, una supersticion antigua y fanática.

Sobre este monton de ruinas ha levantado un nuevo régimen de leyes ateas, de sociedades sin religion, de pueblos y reyes *absolutamente* independientes. Desde hace sesenta años va dilatándose mas y mas, crece y se extiende en el mundo entero, destruyendo por do quiera la influencia social de la Iglesia, pervirtiendo

la inteligencia, calumniando al clero, y minando por sus cimientos el gran edificio de la fé.

Bajo el punto de vista religioso, la Revolucion puede definirse del modo siguiente: La negacion legal del reino de Jesucristo en la tierra; la destruccion social de la Iglesia. Combatir la Revolucion es, por lo tanto, un acto de fé, un deber religioso de la mayor importancia. Obrando así, se obra, ademas, como buen ciudadano y hombre de bien, pues se defiende la patria y la familia. Si los partidos políticos de buena fé, y que conservan su honra, la combaten bajo sus puntos de vista, nosotros, los cristianos, debemos combatirla bajo los nuestros, que son mucho mas elevados, pues defendemos aquello que amamos mas que nuestra vida.

III.

La Revolucion, hija de la incredulidad.

Para juzgar la Revolucion basta saber si se cree ó no en Jesucristo. Si Cristo es Dios hecho Hombre, si el Papa es su Vicario, si la Iglesia es obra suya y tiene su mision, claro está que tanto las sociedades

como los individuos deben obediencia á los mandamientos del Papa y de la Iglesia, que son los mandatos de Dios mismo.

La Revolucion que pone por principio la independendencia absoluta de las sociedades para con la Iglesia, es decir, la separacion de la Iglesia y del Estado, declara por eso solo que no cree en el Hijo de Dios, y es juzgada de antemano, segun las palabras del Evangelio.

Resulta, pues, que la cuestion revolucionaria es tambien una cuestion de fé. Cualquiera que crea en Jesucristo y en la mision de su Iglesia, no puede ser revolucionario, si es lógico, y cualquier incrédulo, dejará de serlo si no adopta el principio apóstata de la Revolucion, y no combate á la Iglesia bajo su bandera. En efecto, la Iglesia católica, si no es divina, usurpa de un modo tiránico los derechos del hombre.

Jesucristo, ¿es Dios? ¿Le pertenece el poder infinito en el cielo y en la tierra? Los Pastores de la Iglesia y el Sumo Pontífice á su cabeza, ¿tienen ó no tienen por derecho divino la mision de enseñar á todas las naciones y á todos los hombres lo que es preciso hacer ó evitar para cumplir la voluntad de Dios? ¿Existe acaso un hombre, príncipe ó vasallo; existe una so-

ciudad que tenga el derecho de rechazar esta enseñanza infalible, ó de sustraerse á esta alta direccion religiosa? Ahí está todo. Es una cuestion de fé, de catolicismo. El Estado debe obediencia al Dios vivo, lo mismo que la familia y el individuo. Es cuestion de vida, tanto para el uno como para el otro.

IV.

Quién es el verdadero padre de la Revolucion, y cuándo nació.

Hay en la Revolucion un misterio, un misterio de iniquidad que los mismos revolucionarios no pueden comprender, porque solo la fé puede explicarlo, y á ellos les falta la fé.

Para comprender la Revolucion es preciso remontarse hasta el padre de toda rebeldía, hasta aquel que el primero se atrevió á decir, y tiene la osadía de repetir hasta la consumacion de los siglos á su Dios y Señor: *Non serviam*: Yo no obedeceré.

Si, Satán es el padre de la Revolucion. Esta es obra suya, comenzada en el cielo, y que viene perpetuándose entre los

hombres de edad en edad. El pecado original, por el cual nuestro padre Adán se rebeló contra Dios, introdujo en el mundo, no diré absolutamente la Revolución, pero sí el espíritu de orgullo y de rebeldía, que son su principio: desde entonces el mal fué aumentando de cada día hasta la aparición del cristianismo, que combatió y obligó á retroceder.

El renacimiento pagano, mas tarde Lutero y Calvino, y en fin, Voltaire y Rousseau, han vuelto á enaltecer el poder maldito de Satanás, su padre, y este poder, favorecido por los excesos del cristianismo, este poder recibió en los principios de la Revolución francesa una especie de consagración, una constitución que no habia tenido hasta entonces, y que hace decir con justicia que la Revolución nació en Francia en 1789.

En 1793 decia el feroz Babeuf: "La Revolución de Francia no es mas que la precursora de otra Revolución mucho mas grande, mucho mas solemne, y que será la última."

Esta revolución suprema y universal es la REVOLUCION. Por primera vez, despues de seis mil años, ha tenido la osadía de tomar, á la faz del cielo y de la tierra, su verdadero y satánico nombre: *La Re-*

Volucion, que es como decir, *rebeldía completa y perpetua*.

Ella tiene por lema, como el demonio, la famosa palabra *Non serviam*. Es satánica en su esencia, y aspirando á derribar todas las autoridades, tiene por fin postrero la destruccion total del reino de Jesucristo en la tierra. La Revolucion, no hay que olvidarlo, la Revolucion es ante todo un misterio del órden religioso, es el ANTICRISTIANISMO.

Así lo hace constar en su Encíclica de 8 de Diciembre de 1849 el Soberano Pontífice Pío IX: "La Revolucion: dice, es inspirada por el mismo Satanás. Su objeto es destruir completamente el Cristianismo, y reconstituir, sobre sus ruinas, el órden social del paganismo." Amonestacion solemne, confirmada al pié de la letra por la Revolucion misma. "Nuestro objeto final, dice la Instruccion secreta de la *Venta Suprema*, nuestro objeto final es el mismo de Voltaire y de la Revolucion francesa: Aniquilamiento y destruccion completa del catolicismo, y hasta de la idea cristiana."

¿Quién es el antirevolucionario por excelencia?

Es nuestro Señor Jesucristo en el cielo, y, en la tierra, el Papa, su Vicario. La historia del mundo es la historia de la lucha gigantesca entre los dos jefes del ejército.

De una parte, Jesucristo con su Santa Iglesia; de la otra, Satanás con todos los hombres que pervierte y reúne bajo la bandera maldita de la rebelión. El combate fué terrible en todos tiempos; nosotros vivimos en una de esas épocas mas peligrosas, que es la de la seducción de las inteligencias y de la organizacion de aquellos que, delante de Dios, no es mas que desórden y mentira.

El Papa y la Iglesia se encuentran ahora, como siempre, sobre la brecha, defendiendo la verdad y la justicia para con todos y con todos, aborrecidos de muerte por los revolucionarios de toda clase, cuyas tramas y proyectos perversos descubren y desbaratan.

Uno de nuestros mas ilustres prelados, estando para morir, hizo ver ya en otro tiempo el odio y los proyectos de la Re-

volucion contra el Soberano Pontífice.

"El Papa, escribia con mano trémula, el Papa tiene un enemigo, la Revolucion; ese enemigo implacable, cuyo furor no pueden mitigar los mayores sacrificios, y con el cual es imposible transigir. Al principio solo se pedian por ella reformas, hoy ya no la bastan estas. Quitad á la Santa Sede la soberanía temporal; mutilad la obra admirable que Dios y la Francia acabaron hace mas de mil años; echad pedazo á pedazo en manos de la Revolucion todo el patrimonio de San Pedro; mas aun con esto no habreis satisfecho, no habreis desarmado la Revolucion. La ruina de la existencia temporal de la Santa Sede, mas bien que un fin, es un medio para llegar á una destruccion mayor.

"La existencia divina de la Santa Sede y de la Iglesia, eso es lo que se quiere aniquilar, y de tal manera, que ni aun vestigio quede de ella. ¿Qué importa, al fin, que la débil dominacion cuyo asiento es Roma y el Vaticano, quede circunscrita en límites mas ó menos estrechos? ¿Qué importan Roma y el Vaticano? Mientras que haya sobre la tierra, ó debajo de ella, en un palacio ó en una mazmorra, un hombre delante de quien se prosternen doscientos millones de hombres como de-

lante del representante de Dios, la Revolucion perseguirá á Dios en este hombre. Y si acaso en esta guerra impía no habeis tomado con resolucion el partido de Dios contra la revolucion; si capitulaís, los medios por los cuales habeis intentado contenerla ó moderarla, no habrán servido sino para dar fuerza á sus ambiciones sacrílegas y exaltar mas y mas sus salvajes esperanzas.

“Fuerte por vuestra debilidad, contando con vosotros como con sus cómplices, ¡qué digo! como con sus esclavos; ella os mandará la sigais hasta el término de sus empresas abominables. Despues de haberos arrancado concesiones que habrán consternado al mundo, todavía exigirá de vosotros obras que espantarán vuestra conciencia.

“No exageramos hablando así. La Revolucion, mirada no por su parte accidental sino por aquello que constituye su esencia, es una cosa con la que nada puede compararse en la série larga de las revoluciones por las cuales ha pasado la humanidad desde el origen de los tiempos, y que vemos desarrollarse en la historia del mundo.

“La Revolucion es la insurreccion mas sacrílega que ha armado la tierra contra

el cielo; es el esfuerzo mas grande que haya intentado el hombre, no solo para separarse de Dios, sino para ponerse en lugar de Dios."

La Revolucion no ataca al Papa-Rey sino para acabar mas seguramente con el Papa-Pontífice. Comprende, como nosotros, que el Papa-Rey es el Papa independiente en lo material; es el Papa libre para decir toda la verdad, y para fulminar su anatema contra los despojadores y los déspotas, sea cual fuere su potestad y rango. La Revolucion, que bajo la máscara de libertad é igualdad no es otra cosa sino el despojo y el despotismo, no puede tolerar la soberanía pontifical, cuya existencia es para ella cuestion de vida ó muerte.

El Papa, Vicario de Jesucristo, es el enemigo nato de la Revolucion. Los obispos fieles y los sacerdotes formados segun el corazon de Dios, participan con El de esta gloria y de este peligro. Ellos viven en medio de los hombres, como personificacion de la Iglesia y de la ley de Dios; y por esto mismo son el blanco del odio revolucionario. El despojo del dominio temporal seria el golpe postrero dado á la última raiz, que, por la propiedad, liga la Iglesia al suelo de Europa.

M. Bonald decia hace treinta años: "La Religion pública está pérdida en Europa si no tiene propiedad; la Europa está perdida si no tiene Religion pública."

Uno de los jefes de la *Venta Suprema* de la Alta Italia, escribe: "Es preciso descatolizar el mundo; conspiremos solo contra Roma; la Revolucion en la Iglesia es la Revolucion permanente; es la destrucción segura de los tronos y dinastías. No deberia ir confundida con otros proyectos la conspiracion contra la Santa Sede romana." Los verdaderos católicos, fieles discípulos de Jesucristo, vienen á agruparse alrededor del Papa, de los obispos y de los sacerdotes, para "combatir el buen combate y conservar la fé." Cada uno de ellos se esfuerza por rechazar el enemigo y hacer triunfar la buena causa por medio de la oracion, de las obras buenas, por la accion y la palabra, por la polémica, y, en fin, por todos los medios legítimos de influencia. Esto es lo que forma el pequeño, al mismo tiempo que grandísimo ejército de Jesucristo. El gigante revolucionario se lisonjea de des trozarlo, como en otro tiempo Goliath en frente de David; pero Dios está con nosotros, y nos ha dicho: "No temais, pequeña grey, porque ha sido la voluntad

de vuestro Padre el daros la victoria." Marchemos, pues, y tengamos valor.

Jóvenes, teneis merecido vuestro puesto en nuestras filas. Apresuraos, corred y traed á vuestro divino Maestro el óbolo de vuestra felicidad naciente. En unos tiempos como los que hemos alcanzado, todo cristiano debe ser soldado, y Jesus, al reunirnos bajo la sagrada bandera de la Iglesia, nos dice: "*Qui non es mecum, contra me est.*" El que no está conmigo, está contra mí."

VI.

¿Es posible conciliar la Iglesia y la Revolucion?

No; porque no lo es mas que el que se avengan entre sí el bien y el mal, la vida y la muerte, la luz y las tinieblas, el cielo y el infierno. Escuchad lo que dijo en otro tiempo una logia de carbonarios en un documento secreto: "La Revolucion solo es posible con una condicion: el aniquilamiento del Papado. Mientras que Roma exista, todas las conspiraciones del extranjero y revoluciones de Francia no tendrán mas que resultados muy secundarios. Aunque débiles como poder temporal, los

Papas tienen aun una fuerza moral inmensa. Contra Roma deben dirigirse, pues, todos los esfuerzos de los *amigos de la humanidad*. Con tal de destruirla, todos los medios son buenos. Una vez derribado el Papa, naturalmente caerán los demas monarcas."

Edgard Quinat dice por su parte: "Preciso es que caiga el catolicismo: ¡No haya tregua para el *Injusto*! No se trata solo de combatir el Papado, sino de extirparlo, y no solo de extirparlo, sino de deshonrarlo; y no solo de deshonrarlo, sino de hundirlo en el fango."—"En nuestros consejos está decidido, dice la *Venta Suprema*, que no consintamos mas cristianos." Ya antes habia dicho Voltaire: "Aplástemos al infame;" y Lutero: "Lavemos nuestras manos en su sangre."

La Iglesia proclama los derechos de Dios, como principio tutelar de la moralidad humana y de la salvacion de las sociedades; la Revolucion solo habla de los derechos del hombre, constituyendo una sociedad sin Dios. La Iglesia toma por base la fé, el deber cristiano: la Revolucion no hace ningun caso del cristianismo; no cree en Jesucristo: pone la Iglesia á un lado, y se forma no sé qué deberes filantrópicos, que no tienen otra sancion si-

no el orgullo del *hombre de bien* y el miedo á los gendarmes. La Iglesia enseña y conserva todos los principios de órden, de autoridad, de justicia: la Revolucion los combate todos, y con el desórden y la arbitrariedad constituyee lo que se atreve á llamar el derecho nuevo de las naciones, la civilizacion moderna.

El antagonismo es completo: luchan entre sí la obediencia y la rebeldía, la fé y la incredulidad.

Ninguna conciliacion es posible, y menos transaccion ni alianza alguna. Quede esto bien impreso en vuestra memoria: que todo cuanto la Revolucion no ha creado, la es odioso; que todo cuanto odia lo destruye. Que se le entregue hoy el poder absoluto, y á pesar de sus prótestas, será mañana lo que fué ayer y lo que fué siempre: la guerra á muerte contra la Religion, la sociedad, la familia. Y no diga que, hablando así, la calumniamos; ahí están sus palabras y sus obras para probarlo. Acordaos de lo que hizo en 91 y 93, cuando fué dueña del poder.

En esta lucha, uno de los dos partidos será vencido tarde ó temprano, y éste será la Revolucion. Puede ser que parezca triunfar por un momento; podrá ganar victorias parciales, primero, porque la so-

ciudad, de cuatro siglos á esta parte, ha cometido en toda Europa enormes faltas que la han atraído un justo castigo, y luego, porque el hombre es siempre libre, y la libertad, aun cuando se abusa de ella, constituye un gran poder. Pero tras el Vicario Santo viene siempre el Domingo de Pascua, y Dios mismo es quien, con su verdad infalible, ha dicho al jefe invisible de su Iglesia: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y los poderes del infierno no prevalecerán contra ella."

VII.

¿Cuáles son las armas ordinarias de la Revolución?

Ella misma lo ha dicho y lo ha probado muy á menudo.

"Para combatir los príncipes y los santurriones, todos los medios son buenos: todo está permitido para anonadarlos: la violencia, la astucia, el fuego y el hierro, el veneno y el puñal; el objeto santifica los medios (1)." Ella se hace todo, para unir todo el mundo con su causa. Para pervertir los cristianos, para extirpar el

(1) Carta de un revolucionario de Alemania á un francmasón.

espíritu católico, se sirve de la educación que malea; de la enseñanza que envenena; de la historia que falsifica; de la prensa, de la que hace el uso que todos saben; de la ley, cuyo traje adopta; de la política, á quien inspira; de la Religión misma, de la cual toma algunas veces las exterioridades para seducir las almas. Se sirve de las ciencias, y encuentra medio de que éstas se revelen contra el Dios de las ciencias; se sirve de las artes, las cuales bajo su influencia mortal producen la perversión de las costumbres públicas y la deificación de la sensualidad.

A Satanás, con tal que logre su objeto, poco le importan los medios que emplea. No es tan escrupuloso como se cree, y sus amigos tampoco lo son.

Sin embargo, puede decirse que el carácter principal de los ataques de la Revolución contra la Iglesia es la audacia y la mentira. Por la audacia hace flaquear el respeto al Papado, vilipendia á nuestros obispos y sacerdotes, bate en brecha las instituciones católicas mas venerandas; y con la mentira, repetida sin rebozo, prepara la ruina de las sociedades, fascinando á las masas, siempre poco instruidas y poco acostumbradas á sospechar de la buena fé de los que las hablan.

Sobre mil personas seducidas por la Revolucion, novecientas noventa y nueve son víctimas de esta táctica odiosa. ¡Ay de ella! ¡Ay de vosotros, seductores del pueblo, que empleais la energía que Dios os concedió para servir á la sociedad, en provecho de la mentira! Hijos de la Revolucion, no temeis llamar mal al bien, y bien al mal; sobre vosotros cae aquel terrible anatema: *¡Væ qui dicitis malum bonum, et bonum malum! ¡Væ genti insurgenti super genus meum!*

Pero ¿es cierto que la Revolucion sea tan perversa? ¿Es cierto que conspira de este modo contra Dios y contra los hombres? Escuchad sus propias confesiones, escuchad sus proyectos dignos de infierno.

VII.

Si es una quimera la conspiración anticristiana de la Revolucion.

La Revolucion, preparada por el paganismo del Renacimiento, por el protestantismo y el volterianismo, nació en la Francia, como hemos dicho, á últimos del siglo pasado. Las sociedades secretas, ya poderosas entonces, presidieron á su na-

cimiento. Mirabeau y casi todos los hombres de 89; Danton y Robespierre, y con ellos los demas malvados de 93, pertenecian á estas sociedades. Hace cuarenta años que el centro revolucionario ha cambiado de asiento. Ahora se ha trasladado á Italia, y desde allí es que la *Venta Suprema* ó Consejo superior dirige con prudencia serpentina el gran movimiento, la gran rebelion en la Europa entera. Sus tiros van á Europa, por ser ésta hoy quien dirige el mundo.

La Providencia ha permitido que en estos últimos tiempos cayesen en manos de la policía romana algunos documentos auténticos de la conspiracion revolucionaria. Estos se publicaron, y daremos algunos extractos de ellos. *Habemus confidentem reum*. La Revolucion nos dirá, ella misma, por medio de sus jefes reconocidos: 1º Que tiene un plan de ataque general y organizado. 2º Que para reinar, quiere corromper, y corromper sistemáticamente. 3º Que aplica principalmente esta corrupcion á la juventud y al clero. 4º Que sus armas reconocidas son la calumnia y la mentira. 5º Que la francmasonería es un noviciado preparatorio. 6º Que busca los mismos príncipes para afiliárselos, al mismo tiempo que los quiere destruir

7º, en fin, que el protestantismo la es un precioso auxiliar. Inútil creo añadir que los documentos que voy á citar son del todo auténticos. Los originales se encuentran en Roma, y el que quiera puede recurrir á ellos.

El plan general. Este plan es universal; la Revolucion quiere minar en la Europa entera toda gerarquía religiosa y política. "Nosotros formamos una asociacion de hermanos en todos los puntos de la tierra, tenemos deseos é intereses comunes: nosotros vamos á libertar la humanidad, y queremos romper toda clase de yugo. Para nosotros mismos, veteranos de las asociaciones secretas, es un enigma la asociacion (1)." "El éxito de nuestra empresa depende del mas profundo misterio, y en las *Ventas* debemos encontrar al iniciado, como el cristiano de la *Imitacion*, siempre pronto á permanecer desconocido y á no ser contado para nada (2)." "Para dar á nuestro plan toda la extension que conviene, debemos obrar en si-

[1] Carta del corresponsal de Londres.

[2] Carta escrita desde Roma por un jefe de la *Venta Suprema* al corresponsal de Alemania. [Nubius á Volpe.] Uno de estos estaba agregado al despacho del príncipe Metternich.

lencio, á la sordina, ganar terreno poco á poco, y nunca perder (1)."

No es una conspiracion ordinaria, una Revolucion como otras tantas, no; es la Revolucion, es decir, la desorganizacion fundamental, que solamente puede llevarse á cabo por grados, y despues de largos y constantes esfuerzos. "El trabajo que vamos á emprender no es obra de un dia, ni de un mes, ni de un año. Puede durar muchos años, un siglo quizá; pero en nuestras filas, muere el soldado y la lucha signe (2)."

La Italia por Roma, Roma por el Papado, ahí está el punto de mira de la conspiracion sacrílega. "Desde que estamos organizados como cuerpo activo, y que empieza á reinar el orden en el seno de las *Ventas* mas alejadas, así como de las mas próximas al centro, un pensamiento ha preocupado siempre á los hombres que aspiran á la regeneracion universal, y este ha sido: la libertad de Italia, de la que debe resultar un dia *la libertad del mundo entero. Nuestro objeto final es el de Vol-*

[1] El corresponsal de Ancona á la *Venta Suprema*.

[2] Instruccion secreta y general de la *Venta Suprema*.

taire y el de la Revolucion francesa: el aniquilamiento completo del catolicismo y aun de la idea cristiana, que habiendo quedado en pié sobre las ruinas de Roma, vendria á perpetuar el catolicismo mas tarde (1)." "A esta victoria solo se llega de combate en combate. Tened, pues, siempre los ojos abiertos y fijos sobre lo que pasa en Roma. Emplead todos los medios para hacer impopular la gente de sotana; haced en el centro del catolicismo lo que nosotros todos, individualmente ó en cuerpo, hacemos en los flancos del ejército. Agitad con motivo ó sin motivo; pero agitado. Esta palabra encierra todos los elementos de éxito. La conspiracion mejor tramada será aquella que mas se remueva, y que comprometa mas gente. Tened mártires, tened víctimas; siempre encontraremos gente que sepa dar á esto los colores necesarios (2)."

"No conspiraremos mas que contra Roma. Para esto, aprovechemos todas las circunstancias, sirvámonos de todas las eventualidades. Desconfiemos principalmente de las exageraciones de celo. Un odio frio, bien calculado, bien profundo, vale mas que todos los

[1] Instruccion secreta.

(2) Instruccion de la *Venta Suprema*.

ñegos de artificio, que todas las declamaciones de la tribuna. En Paris no quieren comprender esto; pero en Lóndres he visto hombres que comprenden mejor nuestro plan y que se asocian á él con mas fruto (1).”

Hé aquí el secreto revolucionario sobre los acontecimientos modernos.

“La unidad política de Italia es una quimera, pero aun así, aun sin ser realidad, produce cierto efecto sobre las masas y sobre la juventud ardiente. Ya sabemos á qué atenernos sobre este principio. Ea y quedará siempre vacío; sin embargo, es un medio de agitacion. No debemos, pues, privarnos de él. Agitad poco á poco, tened al comercio paralizado; sobre todo, nunca os manifesteis. No hay medio mas eficaz para sembrar las sospechas contra el gobierno pontificio (2).” “En Roma los progresos de la causa son sensibles: hay indicios que no pueden engañar á ojos ejercitados, y se siente de lejos, de muy lejos, el movimiento que comienza. Por fortuna, no tenemos la petulancia de los franceses.

(1) Carta de un jefe á los agentes superiores de la *Venta piamontesa*.

(2) Carta del corresponsal de Ancona.

Queremos que madure el fruto antes de explotarlo, y este es el único medio de obrar con acierto y seguridad. Vosotros me habeis hablado algunas veces sobre venir á ayudarnos cuando la caja comun quedase exhausta. Sabeis por experiencia que el dinero es en todas partes, y principalmente aquí, el nervio de la guerra. Poned á nuestra disposicion muchos, muchos thalers. Es la mejor *artillería para batir en brecha el asiento de Pedro* (1).” “En Lóndres se me han hecho ofertas de consideracion. Dentro de poco tendremos en Malta una imprenta á nuestra disposicion. Podremos, pues, con impunidad, de un modo seguro y bajo la proteccion del pabellon inglés, esparcir de una parte á otra de Italia los folletos, libros, &c., que la *Venta Suprema* juzgará conveniente poner en circulacion. Nuestras imprentas de Suiza están en buen camino, y producen libros como los deseamos (2).”

Al cabo de veinticinco ó treinta años, la conspiracion reconoce sus progresos. Cuenta con Francia para obrar, reservando siempre á Italia la direccion suprema. Desconfia de los otros pueblos: los fran-

(1) Nubius al corresponsal de Alemania.

(2) Carta á la *Venta piamontesa*.

Ceses, son *demasiado fanfarrones*; los ingleses *demasiado tristes*; los alemanes *demasiado nebulosos*. A sus ojos, solamente el italiano reúne las cualidades de rencor, cálculo, malicia, discrecion, paciencia, sangre fria y crueldad, que son necesarias para triunfar.

“En el espacio de algunos años hemos adelantado considerablemente los negocios. Por todas partes, en el Norte y el Mediodia, reina la desorganizacion social. Todo se ha puesto al nivel bajo el cual queremos rebajar al género humano. Nos ha sido muy fácil el pervertir. En Suiza como en Austria, en Rusia como en Italia, nuestros sicarios solo aguardan una señal para destrozar el molde antiguo. La Suiza quiere dar esta señal; pero estos suizos radicales no tienen fuerza suficiente para conducir la sociedades secretas al asalto de la Europa. Preciso es que Francia ponga su sello á esta orgía universal. Estad bien persuadidos que Paris no faltará á su mision (1).”

“Por toda Europa he encontrado los espíritus muy inclinados á la exaltacion. Todo el mundo confiesa que el mundo antiguo cruge, y que los reyes ya acabaron. He recogido abundante cosecha; ya

[1] El corresponsal de Viena á Nubius.

no dudo de la caída de los tronos, des-
 pues que he estudiado el trabajo de nues-
 tras sociedades en Francia, Suiza, Alema-
 nia, y hasta en Rusia. El asalto que se
 dará los príncipes de la tierra dentro de
 algunos años, los sepultará á todos bajo
 las ruinas de sus ejércitos impotentes y
 de sus monarquías caducas. Pero no es
 esta la victoria para cuyo éxito hemos he-
 cho tantos sacrificios. Lo que ambiciona-
 mos no es una Revolucion en uno ú otro
 punto; este se obtiene siempre que se
 quiere. Para matar con toda seguridad al
 mundo viejo, hemos creído preciso *ahogar
 el gérmen católico y cristiano* (1).” “El
 sueño de las sociedades secretas se reali-
 zará por la mas sencillas de las razones:
 porque está fundado *sobre las pasiones del
 hombre*. No nos desanimemos, pues, por
 un revés, por una derrota; preparemos
 nuestras armas en el silencio de las *Ven-
 tas*; levantemos nuestras baterías; hala-
 guemos todas las pasiones, *las mas per-
 versas como las mas generosas*, y todo nos
 lleva á creer que nuestro plan tendrá un
 éxito mucho mas feliz de lo que podamos
 esperar con nuestros cálculos mas exage-
 rados (2).”

[1] El corresponsal de Liorna á Nubius.

(2) Instrucción de la *Venta Suprema*.

Tal es el plan: pasemos á los medios.

La corrupcion. Escuehemos cosas aun mas horrorosas.

“Estamos demasiado en progreso para contentarnos con el asesinato. ¿De qué sirve un hombre asesinado? No individualicemos el crimen, con el fin de *darle proporciones de patriotismo y de odio contra la Iglesia*; debemos generalizarlo. El catolicismo no teme á un puñal bien afilado, ni las monarquías tampoco; pero estas dos bases del orden social pueden derumbarse por la corrupcion; así, no nos cansemos jamás de corromper. Está decidido en nuestros consejos que no ha de haber mas cristianos. *Popularicemos el vicio en las masas. Estas deben respirarlo por todos los cinco sentidos: que los beban, que se harten de él. Formad corazones viciosos, y no tendréis mas católicos* (1).” ¡Qué elogio para la Iglesia! “Conservemos los cuerpos, pero matemos el espíritu. Lo que importa es destruir la moral, y para esto es preciso disecar el corazon. Creo de mi deber proponer este medio por principio de humanidad política (2).”

(1) Teoría de la *Venta Suprema*. Vindice á Nubia.

[2] El jefe de la *Venta Suprema* á Vindice.

El jefe de la *Venta Suprema* añade, con motivo de la muerte públicamente impenitente de dos de sus afiliados, ejecutados en Roma: "Su muerte de réprobos ha producido un efecto mágico en las masas. Es la primera proclamación de las sociedades secretas, y una toma de posesión de las almas. Morir en la plaza del pueblo, en Roma, en la ciudad madre del catolicismo, morir francmasón é impenitente, *es cosa admirable*." Otro de estos demonios encarnados dice: "Infiltrad el veneno en los corazones escogidos; infiltradlo á dosis pequeñas y como por casualidad, y os admirareis vosotros mismos de vuestro buen éxito. Lo esencial es *aislar al hombre de su familia*, hacerle perder los usos y costumbres que en ella hay. Por la inclinación de su carácter está bastante dispuesto á huir de los cuidados de su casa, y correr tras placeres fáciles y prohibidos.

"Le gustan las largas conversaciones del café; la ociosidad de los teatros: *Arástradlo*, atraedle allí sin que se aperci- ba; dadle alguna importancia, sea la que fuere; enseñadle discretamente á fastidiarse de sus trabajos cotidianos. Con estas mañas, después de haberlo separado de su mujer y de sus hijos, después de

haberle enseñado cuán penosos son los deberes, hareis nacer en él el deseo de otra existencia. El hombre ha nacido rebelde. *Atizad este deseo de rebelion hasta el incendio; pero que el incendio no estalle.* Esto será una preparacion para la grande obra que debeis principiar (1).” “Para esta grande obra, nos dice el abogado lógico de la causa revolucionaria, para esta grande obra se necesita una conciencia ancha que no se arrede cuando se llegue la ocasion, ni de una alianza adúltera, ni de la fé pública violada, ni de las leyes de la humanidad pisoteadas (2).”

La *Venta Suprema* resume en estas palabras esta infernal conjuracion: “Lo que hemos emprendido es la corrupcion en grande escala; la corrupcion del pueblo por medio del clero, y la del clero por medio de nosotros. *La corrupcion que nos permitirá un dia llevar la Iglesia al sepulcro.* Nos dicen que para echar abajo el catolicismo seria preciso antes separar la muger. Sea así; pero no pudiendo suprimirla, corrompámosla por la Iglesia. *Corruptio optimi pessima.* El fin es bastante hermoso para tentar á hombres como nosotros. El mejor puñal para herir

(1) Correspondencia de la *Venta Suprema*.

(2) Proudhon.

á la Iglesia, es la corrupcion. ¡Adelante, pues, hasta el fin!"

La corrupcion de la juventud y del clero. Los corazones escogidos que la Revolucion busca con preferencia, son los jóvenes y los sacerdotes; aun se atreve á esperar y aspira á *fornar* un Papa. "A la juventud debemos dirijirnos; debemos seducirla, debemos alistarla, sin que se aperciba, bajo nuestras banderas. Que nadie penetre vuestros designios; no os ocupeis de la vejez ni de la edad madura; id á la juventud, y, si es posible, á la infancia. Nunca tengais para ella una palabra impía ó licenciosa: guardaos bien de esto, por el interes mismo de la causa. Conservad todas las apariencias del hombre grave y moral. Una vez hecha vuestra reputacion en los colegios, gimnasios, universidades y seminarios; cuando háyais obtenido la confianza de profesores y estudiantes, acercaos principalmente á aquellos que se afilien en la milicia clerical. Excitad, exaltad estas naturalezas tan llenas de ardor y de orgullo patriótico. Ofrecedles al principio, pero siempre en secreto, libros inofensivos, y así llevais poco á poco vuestros discípulos *al grado de madurez que quereis obtener*. Cuando este trabajo de todos los dias haya esparcido

nuestras ideas como la luz por todas partes, entonces podreis apreciar la sabiduría de esta direccion. Formaos una reputacion de buen católico y de patriota puro; esta reputacion facilitará la propagacion de nuestras doctrinas entre el clero joven y en el fondo de los conventos. En algunos años, este joven clero llegará á ocupar todos los puestos por la fuerza de los acontecimientos. El gobernará, administrará, juzgará, formará el Consejo del soberano, y será llamado á elegir el Pontífice que habrá de reinar; y este Pontífice como la mayor parte de sus contemporáneos, estará necesariamente mas ó menos imbuido en los principios *italianos y humanitarios* que vamos á poner en circulacion. Para alcanzar este fin, despleguemos al viento todas nuestras velas (1).” “Debemos hacer la *educacion* inmoral de la Iglesia, y llegar por pequeños medios, bien graduados, aunque bastante mal definidos, al triunfo de la idea revolucionaria por un *Papa*. Este proyecto me ha parecido siempre de una habilidad mas que humana (2).”

En efecto, es sobrehumano, porque vie-

(1) Instruccion secreta.

(2) Nubius á Volpe.

ne en línea recta de Satanás. El personaje que se oculta bajo el nombre de Nubius, describe luego este Papa revolucionario, que él se atreve á esperar: un Papa crédulo y débil, sin penetracion, hombre de bien y respetado, é imbuido de los principios democráticos. “Un Papa de estas condiciones, dice, necesitaríamos; y, si esto es posible, marcharíamos *al asalto de la Iglesia* mas seguros que con los folletos de nuestros hermanos de Francia ó el oro de Inglaterra. Para quebrantar la roca sobre la cual ha construido Dios su Iglesia, tendríamos el dedo pequeño del sucesor de Pedro metido en la trama, y este dedo pequeño valdria para esta cruzada tanto como los Urbanos II y San Bernardos de la cristiandad (3).”

“¿Queréis revolucionar la Italia? añaden, en fin, estos emisarios del infierno: buscad el Papa cuyo retrato acabamos de dar. Marche el clero siempre bajo nuestra bandera, creyendo marchar bajo la de las llaves apostólicas. ¿Quereis hacer desaparecer hasta el último vestigio de tiranos y opresores? Tended vuestras redes; tendedlas en el *fondo de las sacristías, Seminarios y conventos*; y si

(3) Instruccion secreta.

no os precipitais, os prometemos una pesca milagrosa; pescareis una Revolucion revestida de tiara y capa, que marchará con cruz y bandera; una Revolucion que solo necesitará ser agujoneada muy poco para hacer arder las cuatro partes del mundo (1).”

¡Cómo sienten ellos mismos que todo se apoya sobre el Papa! Lo que consuela es verlos confesar con disgusto que no han podido hincar el diente ni en el Sagrado Colegio ni en la compañía de Jesus. “Los Cardenales han escapado todos de nuestras redes: de nada han servido contra ellos las adulaciones mejor combinadas; ni un solo miembro del Sagrado Colegio ha caído en el lazo. Con los Jesuitas se han malogrado también nuestros planes. Desde que conspiramos, ha sido imposible poner la mano sobre un Ignacio, y convendría saber la causa de esta ostinacion tan unánime: ¿por qué no hemos podido nunca encontrar en ninguno de ellos las aberturas de su corazón?” Se añade piadosamente: “No tenemos Jesuitas con nosotros, pero siempre podemos decir y hacer decir que los hay, y producirá el mismo efecto (2).”

(1) Instruccion secreta.

(2) El corresponsal de Liorna, Beppo, á Nabius.

La mentira y la calumnia. Satanás es el padre de la mentira: *pater mendacii*. La primera Revolucion se hizo por una mentira: *Eritis sicut dii*. Como hijas de aquella, todas las demas se forjan por el mismo proceder; cuanto mas graves son, mas mienten. Y es cosa sierta que en el dia las mentiras, las hipocresías, los sofismos tejidos cantra la Iglesia con un arte infernal, circulan entre nosotros en mayor número que los átomos en el aire. ¿De dónde vienen?" Escuchad la Revolucion.

"Los sacerdotes son gentes de buena fé: mostradlos como pérfidos y desconfiados. Las masas han tenido en todo tiempo una gran propension á creer todos los errores y necedades. Engañadlas; les gusta ser engañadas (1)." "Poco nos queda que hacer con los Cardenales viejos y los Prelados cuyo carácter es decidido. De nuestros depósitos de popularidad ó impopularidad, debemos sacar las armas que han de hacer su poder inútil ó ridículo. Una palabra *que se inventa con habilidad*, y que con mafia se sabe esparcir entre ciertas familias honradas y escogidas, para

(1) El corresponsal de Ancona á la *Venta Suprema*.

que de ahí baje á los cafés, y de los cafés á las calles; un mote de esta especie puede algunas veces matar á un hombre. Si donde estuviéseis os encontrais con uno de aquellos Prelados que ejerza alguna función pública, tratad de conocer en seguida su carácter, sus antecedentes, sus cualidades, y, sobre todo, sus defectos. Rodeado de todos los lazos que podais tenderle, creadle una de aquellas reputaciones que espantan á los niños y á las viejas; pintadlo cruel y sanguinario; referid algunos rasgos de tiranía que fácilmente queden grabados en la memoria del pueblo. Cuando los periódicos extranjeros recojan, por medio de nosotros, estas relaciones, que ellos embellecerán á su vez inevitablemente *por respeto á la verdad*, enseñad, ó mejor dicho, haced ver por medio de algun *imbécil respetable* (aviso á los pregoneros de escándalos religiosos), haced ver estos periódicos en que se refieren *los nombres y los excesos tramados* de estos personajes. Del mismo modo que Francia é Inglaterra, la Italia no dejará de tener plumas bien cortadas para las mentiras útiles á la buena causa (aviso á los periodistas). Con un periódico en la mano, el pueblo no necesita otras pruebas. Se encuentra en la infancia del

liberalismo, y cree en los liberales (1).”
 —El viejo Voltaire ha sido dejado ya atrás en este punto por la francmasonería. La traicion siempre viene de la propia casa. La francmasonería hace cuanto puede para hacernos creer que es la sociedad filantrópica mas inocente, mas sencilla de cuantas existen. Pues ahí tenemos la Revolucíon que nos revela su verdadero carácter, aunque al hacerlo obre con poca prudencia. “Cuando habreis imbuido en algunas almas la aversion á la familia y á la Religion (y lo uno sigue siempre de muy cerca á lo otro), dejad caer algunas palabras que hagan nacer el deseo de ser afiliado á la logia masónica mas cercana. Esta vanidad del ciudadano y del menestral en afiliarse á la francmasonería, tiene algo de tan comun, y es tan universal, que me hace quedar admirado de la estupidez humana. El verse miembro de una logia, el sentirse llamado á guardar un secreto (que nunca se le confia) lejos de su muger ó hijos, es una delicia y una ambicion para ciertos hombres. Las logias son *un lugar de depósito, una especie de Vivero, un centro que es preciso atravesar antes de llegar á nosotros.*

[1] Instrucción secreta de la *Venta Suprema*.

"La falsa filantropía de estas logias es gastronómica; pero esto mismo tiene un fin, á que es preciso impulsar sin descanso. Es muy fácil hacerse dueño de la voluntad, de la inteligencia y aun de la libertad de un hombre, á quien se le enseña, vaso en mano, á ser valiente, y el manejo de las armas. Se dispone de él, se le revuelve, se le estudia; se adivinan sus inclinaciones y sus tendencias; cuando llega á la madurez que necesitamos, se le dirige hácia las sociedades secretas, de las que la *francmasonería solo es la antesala*, y aun *bastante mal alumbrada*. *Sobre las logias contamos para engrosar nuestras filas. Ellas forman, sin saberlo, nuestro noviciado preparatorio*. Hablan sin cesar sobre los peligros del fanatismo, sobre la dicha de la igualdad social, y sobre los grandes principios de la libertad religiosa. Lanzas, entre dos orgías, tremendos anatemas contra la intolerancia y la persecucion. Es mas de lo que necesitamos para formarnos adeptos. Un hombre lleno de estas bellas ideas, no está lejos de nosotros; ya solo falta indicarle un puesto en nuestro regimiento. En esto estriba la ley del progreso social; *no os canséis en buscarle en otra parte*.

"Pero no os quiteis la máscara; dad

LA REVOLUCION.

5

30

vueltras por el rededor del rebaño católico; y, como buenos lobos, coged al paso el primer cordero que se os presente de las condiciones que convengan (1).”

Las logias masónicas mismas se encargan de afirmar estas apreciaciones, y nos hacen tocar con el dedo la perversidad de esta poderosa institucion, que se dice tan inofensiva.

“Si la masonería, decia muy reciente mente uno de sus principales *venerables*, si la masonería debia encerrarse en el estrecho círculo que se le quiere trazar, ¿de qué serviría *la organizacion vasta* y el *inmenso desarrollo* que se le ha dado? . . . La hora del peligro ha llegado; es inmenso; preciso es obrar . . . Por todas partes se organiza el *enemigo* . . . La hidra monacal (la gerarquía católica), tantas veces aplastada, nos amenaza de nuevo con sus hediondas cabezas. En vano *nos lisonjeamos de haber vencido la Infame* con el siglo XVIII; la *Infame* renace mas vigorosa, mas intolerante, mas rapaz y hambrienta que nunca. Es preciso levantar *altar contra altar*, enseñanza contra enseñanza.”

En fin, los caballeros masónicos pres-

(1) Correspondencia de la Venta piamontesa.

tan el juramento de "reconocer y mirar siempre á horror á los Reyes y á los fanáticos religiosos, como á los azotes de los desgraciados y del mundo." Todo esto está sacado de discursos oficiales, pronunciados en estos últimos años por los grandes *maestros y venerables* en reuniones numerosas, en las que se tranquilizaron las conciencias, y se dijo muy alto lo que se *pensaba* interiormente."

¿Comprendeis ahora por qué la Santa Sede ha condenado la francmasonería, y por qué está prohibido el afiliarse á ella bajo pena de excomunion?

Explotacion de los príncipes. La Revolución trata de atraérselos para poder minar mas eficazmente con su ayuda la monarquía y la Iglesia. La misma Venta Suprema tiene la bondad de decírselo á ellos y á nosotros: "El plebeyo tiene cosas buenas, pero el príncipe tiene aun mas. La Venta Suprema desea que bajo cualquier pretexto se introduzca en las logias masónicas el mayor número de príncipes y ricos que se pueda. Los príncipes de casas reinantes que no tienen legítimas esperanzas de ser Reyes *por la gracia de Dios*, quieren serlo *por la gracia de una Revolución*. De estos hay muchos, tanto en Italia como en otras partes,

que desean ser admitidos á los modestos honores de mandil y paleta simbólica. Otros están desheredados y proscritos. Adulad á esos ambiciosos de popularidad, ganadlos para la francmasonería. La Venta Suprema verá mas adelante el uso que puede hacer de ellos en beneficio del progreso. Un príncipe que no espera reinar, es una gran conquista para nosotros, y de estos hay muchos. Hacedlos francmasones, y servirán de reclamo á los necios, á los intrigantes, á los ciudadanos y á los necesitados. Estos pobres príncipes harán nuestro negocio, creyendo trabajar para el suyo propio. Es un aliciente magnífico, y siempre se encuentran necios dispuestos á comprometerse por servir una conspiración, cuyo sosten parece ser un príncipe cualquiera (1).”

El protestantismo. Otro poderoso auxiliar, cuyo concurso fraternal es alabado por los jefes de la Revolución. En efecto; ¿qué es el protestantismo sino el principio práctico de la rebeldía contra la autoridad de la Iglesia y de Jesucristo? En nombre de un falso principio religioso, bate en brecha en el mundo entero al único verdadero principio religioso, al

[1] Carta á la Venta Diamantina.

único verdadero cristianismo, á la única verdadera Iglesia, y desarrolla el orgullo y la desobediencia, el desórden, la anarquía. ¿Qué necesita la Revolución, la grande rebelion universal para amar y proteger la poropaganda protestante?

“El mejor medio de descristianizar la Europa, escribia Eugenio Sue, es de protestantizarla.” “Las sectas protestantes, añade Edgard Quinet, son las mil puertas abiertas para salir del cristianismo.”

Despues de haber indicado la necesidad de acabar con toda religion, se expresa Quinet así: “Para llegar á este fin, hé aquí los dos caminos que teneis abiertos delante de vosotros. Podeis atacar, al mismo tiempo que al catolicismo, á todas las religiones del mundo, y principalmente las sectas cristianas; en este caso tendreis contra vosotros al universo entero. Al contrario, si os armais con todo lo que es opuesto al catolicismo, principalmente con todas las sectas cristianas que le hacen la guerra, añadiendo á ello la fuerza impulsiva de la Revolución francesa, pondreis el catolicismo en el peligro mas grave que haya corrido jamás. Por esto me dirijo á todas las creencias, á todas las religiones que han peleado contra Roma; todas ellas están en nuestras filas, quieran

ó no quieran, puesto que en el fondo su existencia es tan inconciliable como la nuestra con la dominacion de Roma.

“No son únicamente Rousseau, Voltaire, Kant, los que están con nosotros contra la *opresion* eterna, sino que tambien lo están Lutero, Zuinglio, Calvino y toda la *legion de espíritus* que combaten con las ideas de su tiempo, con sus pueblos, contra el mismo enemigo que ahora nos está cerrando el camino. ¿Qué cosa puede haber mas lógica en el mundo que el reunir en una sola híz, y para una misma lucha, las revoluciones que han aparecido en el mundo hace tres siglos, para consumir la victoria sobre la Religion de la Edad Media?

“Si el siglo XVI arrancó la mitad de Europa á las cadenas del Papado, ¿es acaso demasiado exigir del siglo XIX que *acabe* la obra medio consumada?” Destruir el cristianismo, *esta supersticion caduca y pernicioso*: tal es el fin reconocido de la liga infernal en que están envueltos los protestantes, quieran ó no quieran, y por la sola razon de que son protestantes. Destruir el cristianismo por medio del protestantismo: he aquí la táctica que adopta la Revolucion con plena esperanza de buen éxito.

¿Qué decís de esto, lectores míos? ¿Es la Revolucion una cosa grande y noble? ¿Merece nuestras simpatías? ¿Puede conciliarse su obra con la fé del cristiano? ¿Es acaso calumniarla, si la anatematizamos como detestable y satánica?

Tertuliano dijo en otro tiempo del cristianismo: Lo único que teme es no ser conocido." La Revolucion dice lo contrario: "Lo que mas teme es la luz." Esta le arrebatada, no diré todo lo que hay de religioso, sino aun lo que hay de honrado entre los hombres.

IX.

Cómo la Revolucion, para hacerse aceptar, se esconde bajo los nombres mas sagrados.

Si la Revolucion se mostrase tal cual es, espantaria á todas las gentes honradas; por esto se oculta bajo nombres respetables, como el lobo bajo la piel de oveja.

Aprovechando el respeto religioso que la Iglesia imprime hace diez y ocho siglos á las ideas de libertad, de progreso, de ley, de autoridad y civilizacion, la Revolucion se adorna con todos estos nombres venerados, y seduce de este modo una multitud de espíritus sinceros. Si se

la escucha, no parece sino la felicidad de los pueblos, la destruccion de los abusos, la abolicion de la miseria; promete á todos el bienestar, la prosperidad, y no sé qué edad de oro, desconocida hasta hoy.

No creáis en sus palabras. Su padre, la antigua serpiente del paraíso terrenal, ya decia lo mismo á la pobre Eva: "No temas, escúchame, y sereis como dioses." Ya sabeis en qué especie de dioses nos hemos trasformado. Los pueblos que escuchan la Revolucion, se ven pronto castigados por aquello mismo que pecan; si las ciudades se embellecen, si los ferro carriles se multiplican, (lo que no es, digamoslo bien alto, la obra de la Revolucion, sino el simple resultado de un progreso natural), la miseria pública aumenta por todas partes, la alegría se va, todo se materializa, los impuestos se aumentan de un modo enorme, todas las libertades desaparecen; en nombre de la libertad, se va retrocediendo poco á poco hácia la esclavitud brutal de los paganos; en nombre de la civilizacion se va perdiendo todo el fruto de las conquistas del cristianismo sobre la barbarie; en nombre de la ley, una autoridad sin freno y que nadie contiene, nos impone todos sus caprichos: ahí teneis el progreso.

Por otra parte, ¿cómo podría servir e bien del mal? Y ¿cómo sería capaz de edificar cosa alguna el principio de destrucción?

“Nuestro principio, ha dicho un revolucionario atrevido, es la negacion de todo dogma; la incógnita que buscamos, la nada. Negar, negar siempre; allí está nuestro método, que nos ha conducido á poner como principios: en religion, el ateismo; en política, la anarquía; en economía política, la no propiedad (1).”

¡Desconfiemos, pues, de la Revolucion, desconfiemos de Satanás, ocúltese bajo el nombre que quiera! ¡Pobres ovejas! ¿Cuándo escuchareis las voz del buen pastor que os quiere defender de los dientes del lobo, y que quiere arrancar á la béstia salvada el vellon suave, bajo cuya mentida cubierta penetra hasta lo mas interior del aprisco?

X.

La prensa y la Revolucion.

La prensa, en sí misma, ni es buena, ni mala. Es una poderosa invencion, que tanto puede servir para el bien como para el

(1) Proudhon.

mal: todo depende del uso que se hace de ella.

Preciso es, sin embargo, confesar que á consecuencia del pecado original, la prensa ha servido mas para el mal que para el bien, y que se abusa de ella en proporciones formidables.

En nuestro siglo, la prensa es la gran palanca de la Revolucion. Para no hablar mas que del periodismo, que es el estado de la prensa mas activo y mas influyente, nadie podrá negar que los periódicos son el peligro mayor para los tronos y los altares. Sin salir de Francia, sobre quinientos cincuenta periódicos, puede que no haya treinta que sean verdaderamente cristianos. Por ochenta ó cien mil lectores de papeles públicos que respeten la fé, la Iglesia, el poder, los principios, hay cinco ó seis millones de hombres que beben sin cesar el veneno destructor que les ofrecen en abundancia los periódicos impíos.

Perdóneseme esta comparacion: la prensa es en manos de la Revolucion un gran aparato para formar los hombres á su gusto. Cuando se quiere enseñar á un canario un canto cualquiera, se les repite este canto diez y veinte veces al dia con un organillo *ad hoc*. Los jefes del parti-

do revolucionario, para formar lo que dicen *la opinion pública*, para introducir en las cabezas sus fatales ideas, recurren á la prensa; cada dia dan vueltas á la llave del organillo, cada dia repiten en sus periódicos el aire que quieren enseñar al público, y pronto éste lo canta, como los dichos canarios. *Ahí teneis la opinion pública.*

Para la Iglesia, que no quiere aprender este aire, se emplea otro medio. La Revolucion procura adormecerla. Pretende, como todos saben, que la Iglesia católica ya no está *á la altura del siglo*. Con una bondad hipócrita finge querer armonizarla con las ideas modernas; pero en realidad quiere matarla. Se acerca, pues, á la Iglesia y le presenta su pérfido aparato, la prensa: la dice palabras dulces y hermosas, la hace declaraciones piadosas, y procura adormecer los guardianes de la fé. La Iglesia desconfía; el Papa y los Obispos rehusan tales lecciones. Entonces la Revolucion arroja la máscara; transforma su aparato en máquina de guerra, y ataca de frente aquella enemiga que no ha podido adoctrinar ni ahogar.

Y lo que digo del periodismo en Francia, debe decirse, quizá con mas razon, de Inglaterra, Bélgica, Rusia, Alemania,

Suiza, y sobre todo del Piamonte y de la pobre Italia. Cerca de mil quinientos periódicos son los que diariamente ven la luz del día en Europa; de este número, ¿cuántos hay que sean amigos verdaderos de la Iglesia?

Se comprende fácilmente que no puede ser de otro modo, si se penetra un poco en los misterios de la redaccion de los periódicos. Salvo algunas excepciones honrosas, y por desgracia harto raras, los periodistas de profesion ejercen un verdadero comercio, en detrimento del público. No tienen ni convicciones religiosas ni políticas; su conciencia está en su tintero, y venden la tinta al que mas la paga. Segun el interes de su bolsillo, harto vacio, regularmente por mala conducta, pleitean con *noble ardor* por el pro y por el contra, riéndose de sus crédulos lectores. Halagan al espíritu de oposicion para aumentar el número de sus abonados, y los periódicos mas malos y mas insulsos son á veces los que dan mejores resultados á sus redactores. ¡Y estos son los maestros de la sociedad! ¡En qué manos ha venido á parar la conciencia pública! A impulso de las sociedades secretas, el periodismo revolucionario hace guerra con todas sus plumas á la Iglesia, y hará perder la fé

En Europa, si Dios, en su misericordia, no se apresura á desbaratar esta conspiracion vasta é infernal.

XI.

Los principios de 89.

Muchos son los que hablan de *los principios de 89*, y casi nadie sabe en qué consisten. No es de extrañar: las palabras que las han formulado son de tal modo elásticas, de tal modo indefinidas, que cualquiera las interpreta como mejor le parece. Las gentes honradas, cortas de vista, no encuentran en ellas cosa alguna que sea precisamente mala, los demagogos son los que encuentran en ellas lo que quieren.

Existe en favor de estos principios una emulacion particular de cariño, estando escritos en veinte banderas rivales. Todos los defienden contra todos; y, segun dicen todos, todos los falsean, ó los comprometen, ó les hacen traicion. Procuremos aquí, al resplandor indefectible de la fé católica, no de falsearlos, ni de comprometerlos, ni de hacerles traicion, sino de comprenderlos bien, medir sus profundidades, y descubrir en sus pliegues

mas ocultos á la vieja serpiente, que es el alma verdadera de estos principios. No exageraremos, sino que procuraremos examinarlo todo.

Si contemplamos las obras de esos que se llaman con orgullo padres de la libertad, fundadores de la sociedad moderna, veremos, segun la expresion de Bossuet: "si aquellos que se nos presentan como los reformadores del género humano han aumentado ó disminuido sus males; si es preciso mirarlos como reformadores que le corrigen, ó como azotes enviados por Dios para castigarle."

En 1789, mientras que la Asamblea constituyente destruía, por el derecho del mas fuerte, la antigua constitucion de la Iglesia en Francia; mientras que suprimia, en 4 de Agosto, los justos tributos que le daban la vida; mientras que, en 27 de Setiembre, despojaba las iglesias de sus vasos sagrados; en 18 de Octubre anulaba las órdenes religiosas; y, en fin, en 2 de Noviembre robaba las propiedades eclesiásticas, preparando así el acto herético y cismático que se llamó *Constitution civil del clero*, y se promulgó el año siguiente, esa misma Asamblea constituyente formaba en diez y siete artículos lo que se llama *declaracion de los de-*

rechos del hombre, y que mas bien debian haber llamado *supresion de los derechos de Dios*. Estos artículos encierran principios sociales, y estos principios son los que se han hecho célebres bajo el nombre de *principios de 89*.

Algunos católicos, con el propósito muy loable de ganar para la Iglesia las simpatías de las sociedades modernas, han procurado demostrar, y no sin trabajo, que los principios de aquella célebre declaración no estaban en oposicion con la fé ni con los derechos de la Iglesia. Quizá pudiera sostenerse esa tesis, si en una cuestion tal, esencialmente práctica, fuera dado el atenerse rigurosamente al valor gramatical de las palabras, abstrayendo de ellas el espíritu que las anima, que las dictó, que las aplica y que expresa su genuino sentido. Desgraciadamente los *principios de 89* no son una *letra muerta*; hanse manifestado por hechos, por leyes, por crímenes enormes, que no pueden dejar la menor duda sobre su verdadero carácter. La Revolucion, la Revolucion anticristiana los proclama como sus principios propios, atribuyéndoles la gloria de sus pretendidas hazañas; los revolucionarios no dejan de invocarlos contra la Iglesia.

¿Cómo, pues, no horrorizan estos principios á los hombres honrados? Es porque en ellos se encuentra la verdad hábilmente confundida con la mentira, y ésta pasa ahora, como siempre, á la sombra de aquella.

En efecto; entre *los principios de 89* se encuentran algunos que son verdades antiguas del derecho frances, ó del derecho político cristiano, pero que los abusos del cesarismo galicano habian legado al olvido, y que la pueril ignorancia de nuestros constituyentes hizo tomar por un descubrimiento admirable. Muchos otros son verdades de sentido comun, que nadie se atreveria hoy dia á formular sériamente; pero todas estas verdades están dominadas por *un principio*, que da el verdadero carácter á esta declaracion, y es el principio revolucionario de la *independencia absoluta de la sociedad*; principio que rechaza para en adelante toda direccion cristiana, que quiere que el hombre no dependa mas que de sí mismo, ni tenga mas leyes que su voluntad, sin ocuparse de lo que Dios manda y enseña por medio de su Iglesia. La voluntad del pueblo soberano, sustituida á la del Dios soberano; la ley humana, pisoteando la verdad revelada; el derecho puramente na-

tural, haciendo abstracción del derecho católico; en una palabra, el poner esos pretendidos derechos del hombre en lugar de los derechos eternos de Jesucristo, hé aquí la declaración de 1789.

Hasta entonces se había reconocido la Iglesia como el órgano de Dios respecto á las sociedades y á los individuos; y si bien es verdad que de algunos siglos acá no se le quería reconocer este derecho de dirección suprema en la práctica, jamás llegó la osadía hasta el punto de negárselo formalmente.

Así, pues, *los principios de 89*, considerados uno por uno, están muy lejos de ser enteramente revolucionarios; pero en su conjunto, y sobre todo en la idea que los domina, constituyen una rebeldía atrevida del hombre contra Dios, y un rompimiento sacrílego entre la sociedad y nuestro Señor Jesucristo, Rey de los pueblos, Rey de los reyes. En *los principios de 89* solamente atacamos este elemento de rebelión anticristiana; lejos de repudiarlas, defendemos como nuestras estas grandes máximas de verdadera libertad, de verdadera igualdad y fraternidad universal, que la Revolución trastorna y pretende haber dado al mundo.

En conciencia, no puede un católico

admitir *todos los principios* de 89. Todavía menos le es permitido entrar en el espíritu que los dictó, y que los interpreta y aplica desde su aparición en el mundo.

Pero siendo este asunto muy complejo, vamos aun á precisar mas nuestras ideas acerca de él.

XII.

Toda la discusion de estos principios, bajo el punto de vista religioso.

Hé aquí los diez y siete artículos de esta declaracion revolucionaria de los derechos del hombre: tras un preámbulo vago y hueco del estilo enfático de Rousseau, declaran los constituyentes hablar *en presencia y bajo los auspicios del Ser Supremo*. Ya sabemos lo que era el *Ser Supremo* de aquellos secuaces de Voltaire; y sabemos que era la negacion directa y personal del Dios vivo, del único Dios verdadero, del Dios de los cristianos, Nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina en el mundo por medio de su Iglesia, y del Papa su Vicario. Yo aseguro que no fué en presencia de Nuestro Señor, y

mucho menos bajo sus auspicios, cómo elaboraron los constituyentes su famosa Declaracion. Notaré con letra bastardilla los artículos peligrosos, las frases de doble sentido, los lazos que en ella se encierran, reservándome el discentirlas lo mas brevemente posible, para distinguir bien en esta nueva cosecha la zizafia del buen grano.

Art. 1º Los hombre nacen, y *quedan libres é iguales en derecho*. Las distinciones sociales solo pueden estar fundadas en la comun utilidad.

Art. 2º *El fin de toda asociacion política es la conservacion de los derechos naturales é imprescriptibles del hombre. Estos derechos son la libertad, la seguridad y la resistencia á la opresion.*

Art. 3º *El principio de toda soberanía reside esenciaciamente en la nacion; ninguna corporacion, ningun individuo que no emane claramente de ella, puede ejercer autoridad.*

Art. 4º *La libertad consiste en poder hacer todo cuanto no perjudique á otros.*

Art. 5º *La ley solo tiene derecho de prohibir aquellos actos que son perjudiciales á la sociedad, Todo lo que no está prohibido por la ley, no podrá ser impe-*

dido, y nadie podrá ser obligado á hacer aquello que la ley no manda.

Art. 6º *La ley es la expresion de la voluntad general.* Todo ciudadano tiene el derecho de cooperar, personalmente ó por sus representantes, á su formacion. Debe ser la misma para todos, bien sea que proteja, bien que castigue. Siendo todos los ciudadanos iguales á sus ojos, son del mismo modo admisibles para toda dignidad, puesto ó empleo público, segun su capacidad, y sin mas distincion que sus virtudes y talentos.

Art. 7º Solo en casos determinados por la ley, y segun las formas prescritas por la misma, puede ser un hombre acusado, preso ó encarcelado. Deben ser castigados los que solicitan, despachan, ejecutan ó hacen ejecutar órdenes arbitrarías; pero todo ciudadano llamado ó detenido en virtud de la ley, debe obedecer al punto; con la resistencia se hace culpable.

Art. 8º La ley solo debe establecer aquellos castigos que sean estrictamente necesarios, y nadie puede ser castigado sino en virtud de una ley establecida y promulgada antes del delito, y aplicada legalmente.

Art. 9º Debiendo todo hombre ser

considerado inocente hasta que se le haya declarado culpable, si fuere necesario prenderle, debe ser reprimido severamente por la ley todo rigor que no fuere necesario para asegurarse de su persona.

Art. 10. *Nadie podrá ser molestado por sus opiniones, aun religiosas, siempre que no las manifieste de un modo que perturbe el orden público establecido por la ley.*

Art. 11. *La libre comunicacion del pensamiento y opinion constituye uno de los derechos mas preciosos del hombre: así, pues, todo ciudadano podrá hablar y escribir é imprimir sus pensamientos con toda libertad, con tal que responda de los abusos contra esta libertad en los casos determinados por la ley.*

Art. 12 Para garantía de los derechos del hombre y del ciudadano, es necesaria una fuerza pública: se constituye, pues, esta fuerza para el provecho de todos, y no para la utilidad particular de aquellos á quienes está confiada.

Art. 13. Para sostener esta fuerza pública y para los gastos de administracion es indispensable una contribucion comun á todos: contribucion que debe ser repartida entre todos los ciudadanos, según las facultades de cada cual.

Art. 14. Todo ciudadano tiene dere

cho de cerciorarse por sí, ó por sus representantes, de la necesidad de esta contribucion; dar libremente su consentimiento en ella, observar el modo cómo se emplea, y determinar sus condiciones, bienes sobre que ha de gravitar, y duracion y modo de cobrarse.

Art. 15. La sociedad tiene derecho para pedir cuenta de su administracion á cualquiera empleado público.

Art. 16. Toda sociedad en la que no están garantidos los derechos, ni determinada la separacion de los poderes, no tienen constitucion.

Art. 17. Siendo la propiedad un derecho sagrado é inviolable, nadie puede ser privado de ella, á no ser que la necesidad pública lo exija con evidencia, y esto bajo la condicion de una indemnizacion justa, y hecha anticipadamente.

Como se vé, muchos de estos artículos son del todo inofensivos, al menos bajo el punto de vista religioso, que es el punto mas importante y el único que me ocupa en este trabajo. En cuanto á los demas, que parecen indiferentes á la Religion y á la Iglesia, encierran una conspiracion vasta, destinada á trastornar todo el órden cristiano. Es la conspiracion del silencio que ahoga sin herir, y, si se me

permite la expresion, que *escamotea* el cristianismo.

Estos principios hipócritas se reasumen en cinco ó seis ideas principales, que son la base de lo que se llama el mundo moderno, y que vamos á analizar en pocas palabras: *Separacion completa de la Iglesia y del Estado; soberanía del pueblo; absolutismo de la ley humana, libertad, igualdad.*

Tal es el resúmen de estos principios, y cada uno por sí merece ser discutido con atencion. Pronto podrá juzgarse la importancia práctica de estas graves cuestiones.

XIII.

Separacion de la Iglesia y del Estado.

Los que la piden de buena fé confunden dos ideas: *distincion y separacion*. La Iglesia es distinta del Estado, y éste distinto de aquella; los dos deben *unirse*, sin *confundirse*. Tan absurdo es el querer separar la sociedad religiosa de la sociedad civil, como lo es el querer separar el alma del cuerpo. La Iglesia es una sociedad que emana de Dios, del mismo modo que el Estado es una sociedad que-

rida por Dios; estas dos sociedades deben entenderse entre sí para cumplir la voluntad divina, que es la felicidad temporal y eterna de los hombres. Su prosperidad y su fuerza dependen de esta union, como la vida y la fuerza del hombre dependen de la union de su alma con su cuerpo. Siempre ha de haber distincion, pero en la union; jamás separacion, y mucho menos confusion.

Los hombres somos á la vez miembros de tres sociedades distintas, y pertenecemos por entero á cada una de ellas; así lo quiere la Divina Providencia. Estas tres sociedades son: la familia, el Estado, la Iglesia. Yo pertenezco enteramente á mi familia, soy al mismo tiempo ciudadano de mi patria, y al mismo tiempo soy cristiano por entero, y miembro de la Iglesia. Tengo deberes como hijo, deberes como ciudadano, deberes como católico. Estos deberes son distintos; pero están unidos entre sí, y subordinados los unos á los otros: nunca pueden destruirse mutuamente, porque todos vienen de Dios; todos son para mí la expresion cierta de la voluntad de Dios; de Dios, que me manda igualmente obedecer á mi padre en el órden de la familia; á mi soberano, en el órden civil y temporal; al Papa y

á los Pastores de la Iglesia, en la sociedad religiosa y sobrenatural.

¿En qué consiste una sociedad? En una reunion de individuos unidos entre sí por los lazos de una obediencia comun á todos. Este lazo, esta obediencia á la legítima autoridad es lo que constituye la sociedad y lo que forma su unidad, á pesar del gran número de sus miembros. *La familia* ó la sociedad doméstica es la *reunion* de los individuos unidos entre sí por la sumision á la autoridad paterna. *El Estado*, ó la sociedad civil, es la *reunion* de los individuos y de las familias unidos entre sí bajo la dependencia de una misma autoridad pública. *La Iglesia*, ó la sociedad religiosa, es la *reunion* de los individuos, familias y Estados sometidos á una misma autoridad religiosa.

Estas tres sociedades existen por derecho divino, es decir, por la voluntad formal de Dios. Dios es quien ha constituido la familia, para criar y educar los hijos; Dios es el autor de las sociedades civiles, cuyo objeto es la prosperidad temporal de los individuos y de las familias, por el mútuo concurso de las fuerzas; Dios es quien fundó la Iglesia y le encargó su santa mision, para enseñar á los individuos, familias y Estados lo que es bueno

y lo que es malo, lo que debe hacerse y lo que debe evitarse, para conocer, amar y servir á Dios en la tierra, y alcanzar por este medio la salvacion eterna, fin supremo de toda existencia humana.

La familia depende del Estado, por cuanto es claro que el bien particular debe estar *siempre* subordinado al bien público; el Estado depende de la Iglesia, porque el bien temporal, sea público, sea particular debe estar *sempre* subordinado al bien espiritual, que es la salvacion eterna de las almas. El padre de familia no debe mandar cosa alguna que sea contraria á las leyes del Estado; y si falta á esta regla, sus hijos no pueden obedecerle en conciencia. Por la misma razon, el poder civil nada puede mandar que sea contrario á las leyes y ensenanza de la Iglesia. Tales actos del poder paterno ó del civil serian ilegítimos, y desde luego nulos de pleno derecho; violarian el orden establecido por Dios, y para obedecer á Dios en este conflicto de autoridad, preciso es obedecer siempre á la autoridad superior. Esta es la regla práctica y segura que nos da el Apóstol San Pablo: *Omnis anima potestatibus sublimioribus subdite est.* (Rom. xiii.)

Derivándose la elevacion de los dife-

rentes poderes de su objeto final, y siendo la salvacion eterna evidentemente un fin superior á la prosperidad temporal, claro es, como la luz del dia, que la Iglesia es un poder mucho mas alto que el del Estado, y que éste, por consiguiente, está obligado por derecho divino á sujetarse al poder de la Iglesia. Sabido es que lo que es de derecho divino es inmutable, y no puede ser destruido por poder alguno.

Pero se me dirá: "Esto seria la absorcion del Estado por la Iglesia." Lo mismo que seria la absorcion de la familia por el Estado. Es el órden que resulta de la union, y deja subsistir la distincion, á pesar de la subordinacion.

Yo pregunto: ¿Absorbe acaso la Iglesia á la familia cuando aquella guía al padre para hacerle conocer y practicar todos sus deberes de jefe de familia? Pues lo mismo sucede con el Estado: la Iglesia dirigiendo el poder civil y político para hacerle cumplir la voluntad de Nuestro Señor Jesucristo, y procurar de este modo la salvacion de las almas, no usurpa en manera alguna ningun derecho del Estado; hace su deber, como el Estado hace el suyo prescribiendo á los ciudadanos y

á las familias lo que es condacento á la prosperidad comun.

Santo Tomás hace comprender de un modo admirable este orden y estas relaciones por una comparacion muy justa é ingeniosa. "Cada Estado, dice, se parece á uno de los muchos navíos que componen una escuadra, todos los cuales, bajo el mando del navío almirante, navegan de conserva para llegar al mismo puerto. Cada navío tiene su capitan, su piloto; éste, aun cuando manda sobre el suyo, no por esto es independiente. Para quedarse en el puerto que debe ocupar, le es preciso maniobrar siempre segun las señales del almirante, para dirigir su navío al término final de la navegacion.

El navío almirante es la Iglesia, guiada por el Soberano Pontífice, Vicario de Jesucristo y encargado por éste de enseñar todas las naciones y dirigir las por el camino de la salvacion. *Docete omnes gentes.* Los soberanos temporales son los pilotos, los capitanes de cada uno de los navíos de la escuadra católica. Estos tienen obligacion en conciencia de facilitar la salvacion eterna de sus respectivos súbditos, ayudando á la Iglesia á salvar las almas, y apartando los obstáculos que pudiesen estorbar su mision espiritual. El

Papa es, sólo el Papa, quien, como Jefe de la Iglesia, les hace conocer lo que deben hacer en este punto. La Iglesia, pues, no absorbe ni el Estado ni la familia con su direccion religiosa; muy al contrario, ella fortalece la autoridad del Soberano temporal, así como la del padre de familia, santificándolas é impidiéndolas separarse de Dios.

El poder civil, aunque dependiente bajo este punto de vista, conserva, bajo todos los demas, una independencia completa. Una vez salvado el principio superior de la obediencia á la ley divina y á todas las demas leyes religiosas promulgadas por la Iglesia, el poder civil puede, con toda libertad, formar todas las leyes que quiera, adoptar cualesquiera regla de política, tomar cualesquiera forma de gobierno, segun lo crea mas conveniente al bien general de la nacion; en una palabra, es único dueño en su casa.

Otro tanto debe decirse del padre de familia, relativamente al Estado. Que haga todo lo que quiera, que eduque y dirija á sus hijos á su gusto; ni el Estado ni la Iglesia tendrán que decirle nada por ello, siempre que sean respetadas por él las leyes de Religion y las de su país. Solamente á este precio hay orden, tanto

en la familia, como en el Estado, como en la Iglesia.

“¿Pero, es acaso el Estado un niño que necesita la direccion de la Iglesia para conocer la ley de Dios? ¿No tiene acaso su razon y su conciencia?” Seguramente que el Estado tiene su razon y su conciencia; pero éstas no le bastan, lo mismo que al padre de familia para practicar la ley de Dios en toda su extension. Efectivamente, esta ley no es una ley puramente natural; es, ademas, y sobre todo, revelada y positiva; y para conocerla, precisa es la fé, así como para practicarla es precisa la gracia. Y en este punto solamente la Iglesia está encargada de derecho divino para dar la una y la otra al mundo. A ella sola se le dijo: “Recibid el Espíritu Santo; id, enseñad á todas las naciones: el que os escucha, me escucha; el que os desprecia, me desprecia; yo mismo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.”

Estas palabras se aplican tan directamente á las sociedades humanas, como á cada hombre en particular. ¿Qué es, en efecto, la sociedad civil sino la extension numérica de la familia y del individuo? El Estado, hecha abstraccion de los individuos de que se compone, no es nada, y

por esta razon el deber religioso de los individuos y de las familias es el mismo que tiene el Estado, á un grado superior. El Estado, debe, pues, no solamente ser religioso en general, sino que debe ser cristiano, debe ser católico, debe recibir la enseñanza de la ley divina de los Pastores de la Iglesia, para el bien público, como para el bien particular; debe ser enseñado.

La razon natural y la conciencia no bastan, pues, al soberano temporal y al padre de familia para conocer la voluntad de Dios; y con respecto á la Iglesia, la humanidad queda siempre en el estado de infancia. Por esto dijeron siempre los siglos cristianos: *Nuestra Santa Madre la Iglesia*. Y por esto tambien los mismos soberanos llaman al jefe de la Iglesia: *Nuestro Santo Padre, el Papa*.

“¡Pero el Estado es un poder seglar!” Verdad es; pero, ¿qué significa seglar, *sin religion*? Todo el mundo conviene en que el objeto *directo* del poder civil es la prosperidad temporal de sus súbditos; pero este deber está subordinado á otro deber mucho mas grave y mas elevado, y es la cooperacion *indirecta* á la obra de la Iglesia, que es la salvacion eterna de estos mismo súbditos. Precisamente porque el

Estado es seglar, debe sujetarse á la direccion religiosa de los Pastores de la Iglesia, que son los únicos que recibieron de Dios el encargo de dirigir las conciencias.

“Pero ¿no es el poder de la Iglesia puramente espiritual?” Sin duda que sí; y por esto la direccion que el Estado debe recibir de la Iglesia es una direccion puramente espiritual, es decir, limitada al punto de vista de la conciencia. La Iglesia dirige solamente los Soberanos y los pueblos, así como las familias, para hacerles practicar á todos la ley divina, la Religion cristiana, la justicia: en fin, el orden moral. Solamente bajo este punto de vista, que es todo espiritual, todo religioso, es que ella manda y condena.

“¿Todo es, pues, espiritual?” No; lo espiritual sobre la tierra es todo lo que interesa á la salvacion de las almas; esta es la verdadera nocion de lo espiritual; que ha sido alterada en una multitud de entendimientos. Todas las veces que se nos ponen trabas en la obra de salvacion, se perturba nuestro interes espiritual y eterno. El poder temporal nunca debe, ni directa ni indirectamente, molestar nuestro bien espiritual bajo pretexto alguno de interes político; nunca debe estorbar

se el ejercicio del ministerio de la Iglesia, encargada de guardar este interes supremo. Obrando en el órden puramente temporal, y aun puramente material, el poder temporal puede contrariar la Religion en sus prácticas las mas santas, y por consiguiente, en su accion toda espiritual y sobrenatural. Ejemplos: si el poder civil distrajera las iglesias del destino que tienen, bajo pretexto que son edificios materiales; si prohibiese á los sacerdotes el uso de las cosas temporales que le son necesarias para el culto divino y para la administracion de los Sacramentos, el agna, aceite, pan y vino, &c.; si, bajo el pretexto de servicio del Estado, separarse de los fieles los sacerdotes que dependen de él, como ciudadanos; si violara la clausura de los monasterios, aunque éstos sean por otra parte casas como las demas; si interrumpiera las relaciones necesarias de los Obispos, sacerdotes y fieles con el Jefe de la Religion, con el Papa, aunque bajo el punto de vista temporal el Papa no es mas que un soberano extrangero; si promulgara leyes civiles, reglamentos políticos, que estuviesen en contradiccion con los deberes de la Iglesia; si introdujera en la educacion pública, en la que él sin embargo tiene un in-

terres inmediato, elementos anticristianos, ya como doctrina, ya como práctica; si permitiera á la prensa atacar la fé, las costumbres, á la Iglesia, aunque la prensa sea una industria toda material, &c., ¿no es evidente que obrando así, y sin parecer salir de lo temporal, el Estado tocaria directamente á la misma esencia de lo espiritual?

Aplicad el mismo principio al padre de familia, si, relativamente á su muger, sus hijos, sus servidores, hiciera algo por el estilo, en cuanto al ayuno, por mas que esto parezca una cosa puramente de cocina; en cuanto al descanso del domingo; en una palabra, en cuanto á todo lo que puede perjudicar el bien espiritual de las almas.

Todo lo que no tiene relacion con lo espiritual, la observancia de la ley divina y la santificacion de los hombres, pertenece al dominio exclusivo del Estado y de las familias. Es muy importante esta distincion de lo espiritual y de lo temporal.

“Pero, en cuestiones dudosas, ¿cuál de los dos deberá decidir?” “¿Deberá ser el Estado, ó la Iglesia?” Evidente es que deberá ser el poder de orden mas elevado. La mision divina de la Iglesia sería ilu-

soria si no estuviese infaliblemente asistida por Dios, para conocer con seguridad lo que constituye su objeto. En un conflicto entre la autoridad del Estado y la del padre de familia, ¿no debe acaso prevalecer la primera? ¿no prevalece siempre? ¿no es ella acaso de un orden intrínseco superior? Sin duda alguna el poder inferior debe someterse siempre, y el Estado es quien en las cosas civiles determina solo y soberanamente su competencia. Y, sin embargo, *en derecho* no es infalible. Aplicad este mismo razonamiento tan sencillo á las relaciones de la Iglesia con el Estado, y con todo lo que llevamos dicho será fácil sacar la consecuencia, sobre todo si se considera que la Iglesia, *en todo* lo que enseña es infalible, de *hecho* y de *derecho*.

“Pero sabe vd. que da un poder inmenso á la Iglesia.” No soy yo quien se le doy. Es el mismo Dios, dueño de sus dones y Supremo Señor de la humanidad. El ha organizado el mundo en esta triple sociedad que acabamos de especificar; El lo ha dispuesto así para nuestro mayor bien; y pueblos é individuos, príncipes y súbditos, sacerdotes y seglares, debemos someternos todos al orden que su Providencia nos ha impuesto.

Los hombres que de buena fé quieren separar la Iglesia del Estado, y el Estado de la Iglesia, no saben que violan directamente el orden establecido por Dios, faltando á la enseñanza formal de la Iglesia sobre esta materia. "Esta union, dice el Papa Gregorio XVI, ha sido siempre saludable para los intereses de la sociedad religiosa y de la sociedad civil."

Estos hombres ignoran ademas que toman parte en los perversos fines de la Revolucion. Aislar la Iglesia, echarla poco á poco fuera de la sociedad, debilitar su accion sobre el mundo, volverla á llevar al estado de poder invisible, como en los dias de las catacumbas; constituir el poder temporal dueño absoluto de la tierra por la propiedad, de la inteligencia por la doctrina, y de la voluntad por la ley: anonadar de este modo el grande *hecho* social del cristianismo, la division gerárquica de los poderes: tal es, para cualquiera que sabe leer, la idea dominante que la revolucion trata de realizar hace mas de sesenta años. Con otras palabras: "sustituir al reinado de Dios y de Jesucristo, el reinado absoluto del hombre, este ha sido y es su perenne objeto."

La Iglesia no debe ni puede ser sepa-

tada del Estado, ni el Estado de la Iglesia: y el Estado revolucionario, tal cual lo entendia la Asamblea de 89, y tal cual lo entienden desde entonces todos los revolucionarios, es una creacion formalmente opuesta á la voluntad de Dios, y que puede echarnos á todos fuera del camino de la salvacion.

XIV.

La soberanía del pueblo, ó la democracia.

El principio de la soberanía del pueblo, tan explotado hace un siglo por los enemigos de la Iglesia, puede, sin embargo, entenderse en un sentido católico y muy verdadero.

Notemos ante todo que el *pueblo* no es esa turba de individuos brutales y perversos que forja las revoluciones, y que, de lo alto de las barricadas, destruye los gobiernos, y cuyos jefes explotan sus mas groseras pasiones. El pueblo es la nacion entera, que comprende todas las clases de ciudadanos: el labrador y el artesano, el comerciante y el industrial, el gran propietario y el rico señor, el militar, el magistrado, el sacerdote, el obispo; eso, jun-

to, es la nación con todas sus fuerzas vivas, pudiendo, constituido con una representación seria, expresar sus deseos, y ejercer libremente sus derechos.

Una vez conocida esta descripción antirevolucionaria del pueblo, dirémos que la escuela católica ha enseñado siempre, aunque en un sentido enteramente opuesto, lo que los constituyentes de 89 tomaron por un descubrimiento extraordinario. La Iglesia, por boca de Santo Tomás y de sus Doctores mas famosos, enseña que Nuestro Señor Jesucristo, Padre de los pueblos y Rey de los reyes, pone en la nación entera el principio de la soberanía; que el soberano (hereditario ó electivo) á quien la nación confia el cargo del gobierno, sólo recibe este poder de Dios por el intermedio de la nación misma; en fin, que el soberano, puesto que recibe el poder para el bien público, y no en favor de sí mismo, si es que llega á faltar gravemente y con evidencia á este su deber, puede ser depuesto legítimamente por aquellos mismos que le confiaron la soberanía. A fin de prevenir toda interpretación revolucionaria, me apresuro á añadir que siendo la Iglesia el único juez competente ó imparcial en estos casos de conciencia tan graves, ella

sola puede legitimar, por una decision solemne, un hecho de tanta gravedad, y esto despues de haberse convencido de la gravedad del crimen (1.)

El poder civil difiere del poder paterno y del eclesiástico en que estos dos últimos son inamisibles, porque son de institucion divina en su forma determinada, y sin ninguna delegacion dada á los inferiores, y en que, al contrario, el poder civil no ha recibido de Dios forma alguna determinada, y por esto puede pasar de una forma de gobierno á otra; es decir, de la monarquía hereditaria á la electiva, de ésta á la aristocracia, y recíprocamente. Estos cambios, cuando se efectúan con regularidad y legítimamente, en nada tocan al principio de la monarquía ni al de la soberanía.

“¿Cuándo serán estos casos regulares, y las resoluciones legítimas?”

[1] Estos casos son muy raros. Es, por ejemplo, el caso en que, por culpa del príncipe, el pueblo se viese expuesto á perder la verdadera fé; el caso en que su habitual tiranía trastornase todo el orden público y amenazase la nacion con una guerra inminente y otras cosas de este género. Se puede ver el desarrollo de esta doctrina en el magnífico opúsculo de Santo Tomás. *De regimine principum.*

Gran dificultad práctica, que no pueden resolver ni el soberano ni el pueblo; por que siendo ambas partes interesadas en el debate, no pueden ser jueces en su propia causa. La Iglesia, representada por la Santa Sede, es el único tribunal competente que puede decidir tan grave cuestión; solamente este tribunal está revestido de un poder superior al temporal; él solo es independiente y desinteresado, mas que cualquiera otro, por su carácter religioso, y solo él ofrece garantías de moralidad, justicia, sabiduría y ciencia necesarias para función tan angusta y delicada.

Por otra parte, este es el orden establecido por Dios, no para el interés personal de la Iglesia, sino para el interés general de las sociedades, de los soberanos y de las naciones. El juicio en estas altas cuestiones de justicia social, estriba, como en los casos particulares de conciencia, en la palabra inmutable de Jesucristo, cuando dice al Jefe de su Iglesia: "Todo lo que ligares sobre la tierra, será ligado en el cielo; y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en el cielo." Esta es la teoría verdadera y católica sobre la soberanía del pueblo y sobre los cambios de gobierno.

Hay un abismo entre esta doctrina y la soberanía del pueblo, tal cual la entiende la Revolucion y la entendieron los constituyentes de 89. Segun éstos, el pueblo saca la soberanía de sí mismo, y no la recibe de Dios; nada quiere saber de Dios, pretendiendo separarse de El. Ademas, y como consecuencia de este primer error, desecha la Iglesia, privándose de este modo del único poder moderador que Dios instituyó para protegerle contra el despotismo y la anarquía. Desde que los Reyes y los pueblos han rechazado esta dirección maternal de la Iglesia, los vemos efectivamente obligados á decidir á cañonazos sus casos de conciencia, por el sangriento derecho del mas fuerte; y las sociedades políticas, á pesar de sus pretensiones á progreso, marchan rápidamente hácia la decadencia pagana. En vez del orden, fruto de la obediencia, ya no hay en el mundo mas que despotismo ó anarquía, frutos de la rebelion; la noción de la verdadera soberanía, por decirlo así, ya no existe sobre la tierra.

“Todo esto puede ser muy verdad en teoría, pero ¿y en práctica?” No es culpa de la teoría, si ésta es difícil de practicar; la culpa está en la debilidad y la corrupción humanas. Con este principio

suceda como con todos los principios de conducta; la teoría, la regla, es clara, verdadera, perfecta. Su aplicacion *perfecta* es imposible, porque la perfeccion no es de este mundo; pero cuanto mas se acerca la práctica á la teoría, tanto mas cerca se está de la verdad, del orden y del bien.

Hace ya muchísimo tiempo que los Estados temporales desdennan la teoría, y se conducen segun sus caprichos; olvidan y rechazan mas y mas la direccion divina de la Iglesia; y como el hijo pródigo, se alejan cada dia mas de la casa paterna. Por esto tambien el mundo, extraviado, lejos de Dios, se encuentra en revolucion permanente, á pesar de los esfuerzos prodigiosos que se hacen para llegar al orden, y contener el mal. Si la sociedad quiere no perecer, habrá de volver, tarde ó temprano, al principio católico, al único verdadero principio de la soberanía. Leibnitz, hombre de génio, aunque protestante, deseaba de todas veras la vuelta de las sociedades á la alta direccion moral de la Santa Sede y de la Iglesia. "Seria de opinion, escribia, de establecer en la misma Roma un tribunal para juzgar las diferencias y altercados entre los príncipes, y hacer al Papa su pre-

sidente." Este tribunal existe, existe de derecho divino é inmutable, aunque se le desconozca. Lo repito; no hay salvacion mas que por este medio. "La Revolucíon no cesará, decia M. de Bonald, sino cuando los derechos de Dios habrán reemplazado á los derechos del hombre."

Deseemos, pues, con la mayor ansia, como católicos y como ciudadanos, la conformidad de la práctica á la teoria, y hasta nueva órden, apliquemos la teoria del modo menos imperfecto que podamos.

"Pero ¿no abre este sistema la puerta á mil y mil inconvenientes?" Es muy posible; pero entre dos males necesarios, debemos escoger el menor.

En caso de un conflicto entre el soberano y la nacion, ¿qué sucede en el dia? ¿Por quién quedará la victoria? ¿Será acaso por el derecho, la justicia, la verdad? Sí, siempre que la fuerza bruta se encuentre de su lado: no, si, segun lo que sucede por lo comun, ésta favorece el partido del mal. En ambos casos es la guerra civil erigida en principio, sangrienta y feroz, en la que el éxito todo lo justifica, y que arruina y apura todas las fuerzas vivas del Estado. Nada de todo esto se veria en el sistema católico, en el cual todo se arreglaría pacíficamente. Los dos partidos

ventilarían su causa ante el tribunal augusto de la Santa Sede, y se someterían á la decision. No habria sangre derramada, ni guerra civil, ni erario público arruinado, &c. ¿No es esto muy hermoso y muy de desear?

Concedo de buena gana que, vista la corrupcion humana, habria quizá algunas intrigas, algunas miserias al rededor de este tribunal sagrado; pero los inconvenientes que traeria este sistema seria muy poca cosa en comparacion de sus beneficios; y la alta influencia de la Religion seria, ella sola, una garantía poderosa contra los abusos. “¿No renne la Iglesia, dice Bossuet, no renne todos los títulos, por donde se puede esperar el triunfo de la justicia?” Por otra parte, este tribunal solo decidiria segun principios ciertos, fundado sobre la fé, conocidos y respetados por todos. La Revolucion, al contrario, ninguna garantía ofrece; no conoce sino el derecho del mas fuerte; no resuelve el problema social, y solo hace retardar su solucion.

“Mas, para aplicar este sistema, seria necesario que todo el mundo fuera católico.” Seguramente; y tanto es de desear que todo el mundo sea católico, como el que se aplique á las sociedades civiles el

sistema pacífico y religioso de que acabamos de hablar. Todo el mundo debe ser católico, porque todo el mundo debe creer y practicar la verdadera Religión. Esta es la base de la felicidad pública é individual, porque Jesucristo es el principio de toda vida para los Estados, familias é individuos.

Conozco, como el primero, que el sistema social católico casi ya no puede aplicarse á nuestra sociedad, y de ello deduzco: 1º, que nuestra sociedad anda extraviada y en peligro de muerte; y 2º, que todos debemos, si amamos á la Iglesia y á nuestra patria, usar de toda nuestra influencia para hacer resplandecer de nuevo y vigorizar el verdadero principio social.

“Pero esta teoría nunca pudo ser aplicada, ni siquiera en los siglos de fé.” Nunca lo fué *completamente*, porque siempre hubo pasiones populares y orgullo en los príncipes. Sin embargo, previno muchas guerras y contuvo muchos excesos. Testigos de ello fueron la subida pacífica de los Carlovingios al trono de Francia; la represión de la tiranía de los Emperadores de Alemania; Enrique IV y Barbaroja, &c. En los siglos de fé, habia, como hoy, pasiones individuales perversas; pe-

ro el régimen social era bueno; y las tres sociedades, la religiosa, la civil y la doméstica, reconocían su mútua subordinación, y á pesar de desórdenes parciales, se apoyaban sobre la roca firme de la verdad, la Religión, el derecho y la justicia.

“¿Y no sería esto volver á la edad media?” Seguro que no; esto sería tomar de la edad media lo que tenía esta de bueno para hacerlo de nuestra época. Nosotros, los católicos, no queremos de modo alguno cambiar de siglo, ni privarnos de las conquistas del tiempo; lo que queremos es aprovechar la experiencia de lo pasado como de lo presente, corregir el mal, y en su lugar poner el bien; dejar á un lado lo defectuoso, para conservar lo que es mejor. Si el obrar así es volver á la edad media, entonces volvamos á ella.

Creo que esto ya bastará para ilustrar la conciencia de todo lector imparcial, y para demostrar el papel magnífico de la Iglesia en las cuestiones sociales y políticas.

Concluyamos: hay democracia y democracia, la una verdadera y legítima, profesada por la Iglesia en todo tiempo, la cual respeta su soberanía, que estriba sobre ella y sobre Dios; la otra, falsa y revolucionaria, de invención reciente, que

desprecia el poder, insubordinada, y que nada produce, sino desórden y ruinas. Esta es la *democracia* de 89, la democracia moderna, que desconoce á la Iglesia, y que en el fondo no es mas que la Revolución social y la máscara de la anarquía.

Pregunto ahora: ¿Puede un cristiano ser demócrata en este sentido,

XV.

La república.

La Revolución tiene un atractivo irresistible para esa forma de gobierno, que llaman *República*, al propio tiempo que una antipatía invencible para las otras dos formas de gobierno: *aristocracia*, *monarquía*.

Sin embargo, una *república* puede muy bien no ser revolucionaria, y una monarquía y una aristocracia pueden serlo completamente. No es la forma política de un gobierno lo que le hace pasar al campo de la Revolución; son los principios que adopta, y segun los cuales se dirige.

Todo gobierno que deja de respetar, en teoría y en práctica, en su legislación y en sus actos, los derechos imprescriptibles

de Dios y de la Iglesia, es un gobierno revolucionario. Sea monarquía hereditaria, electiva ó constitucional, sea una aristocracia, un Parlamento; sea república, confederacion, &c , siempre será revolucionario, si se subleva contra el órden divino; pero no lo será, si respeta todo eso.

Sentado esto, no deja de ser curioso el observar que la forma de gobierno democrático ó republicano es la única que no tiene sancion divina. Las dos sociedades constituidas directamente por Dios han recibido de su paternal sabiduría la forma monárquica, templada por la aristocracia. La familia es una monarquía en la que el padre manda y gobierna como soberano, pero con la asistencia de la madre, que representa el elemento aristocrático, y cuya autoridad es real y verdadera, aunque secundaria. En cuanto á los hijos, elemento democrático, no tienen en la familia autoridad alguna, propiamente hablando.

Lo mismo sucede con la Iglesia. Esta es una monarquía espiritual, templada por la aristocracia. El Papa es verdaderamente el monarca religioso de los hombres; pero al lado de su poder supremo, ha establecido Dios el poder del obispado, que forma en la Iglesia el poder ari-

tocrático. La multitud de los fieles, que es el elemento democrático, no tiene mas autoridad que los hijos en la familia.

¿No sería acaso razonable el deducir de este doble acto divino, que la democracia no es hija del cielo, y que la república, al menos tal cual se la entiende en nuestros dias, tiene relaciones secretas con el principio fatal de la Revolucion? *La democracia*, dice Proudhon, *es la envidia*, y este definidor nada tiene de sospechoso. Y la envidia, segun Bossuet, no es mas que "el efecto negro y secreto de un orgullo débil." Un gracioso algo cáustico dijo en otro tiempo: *Democracia, Democracia*. Puede que la comparacion sea un poco viva; pero algo de verdad pudiera encerrar. Lo cierto es que siendo casi siempre las repúblicas unas verdaderas behetrías y casas de confusion, todos los embrollones, todos los abogados sin pleitos, todos los médicos sin clientela, todos los habladores y todos los ambiciosos de baja esfera, encuentran fácilmente en ellas lo que buscan; y el diablo no encuentra cosa mejor que pescar en agua turbia. *La república* trae invariablemente tras de sí ó la anarquía ó el despotismo, y hé aquí por qué es tan querida de la Revolucion.

Sin rechazar absolutamente las ideas republicanas, aconsejo á los jóvenes que desconfíen mucho de ellas. Se expondrían á perder con ellas los instintos buenos y verdaderos de la fé y de la obediencia, sin contar el peligro, muy sério, de perder por ellas la cabeza, como ya ha sucedido á muchos otros. Al extremo opuesto de esto se encuentra el absolutismo monárquico, es decir, el poder sin freno ni intervencion alguna, y yo creo verdaderamente que este es todavía mas fatal que la peor de las repúblicas. La nacion entera está sujeta, como bajo los emperadores paganos, á un solo hombre, y el cesarismo es anticristiano y revolucionario en primera línea.

XVI.

La ley.

La Revolucion sabe muy bien que en el fondo ella no es sino la anarquía, y que ésta infunde terror á todos. Para disimular su principio y darse apariencias de orden, se adorna enfáticamente con lo que llama legalidad, diciendo que solo obra en nombre de la ley. En 1789 mi-

nó el órden social, político y religioso en nombre de la ley: en nombre de la ley decretó en 1791 el cisma y la persecucion, y en 1793, siempre en nombre de la ley, asesinó al Rey de Francia, estableció el Terror y cometió los horribles atentados que todos saben. En nombre de la ley es que, desde medio siglo, hace la guerra á la Iglesia, al poder, á la verdadera libertad. No será, pues, del todo inútil el recordar brevemente la verdadera nocion de la ley.

La ley es la expresion de la voluntad legítima del legítimo superior. Para que una ley nos obligue en conciencia á obedecerla, para que sea verdaderamente una ley, son precisas é indispensables estas dos condiciones: 1.^a, que venga de nuestro legítimo superior; y 2.^a, que no sea un capricho, una voluntad mala y perversa de este mismo superior. Por lo mismo dije antes una voluntad *legítima*.

¿Cuáles son nuestros legítimos superiores? ¿Cuándo son legítimas sus voluntades? Dos preguntas prácticas, fáciles de resolver.

Solo Dios, propiamente hablando, es nuestro superior; y si estamos obligados, sobre la tierra, á obedecer á otros hombres, es porque Dios les ha confiado el

poder de mandarnos. Ellos son nuestros superiores, como depositarios de la autoridad de Dios. Todo superior sobre la tierra no es mas que un delegado de Dios, un representante suyo, que no debe *jamás* á sus subordinados una voluntad que sea opuesta á la voluntad de Dios. Este principio es el fundamento de toda ley.

Nosotros tenemos en el mundo tres clases de superiores: el Papa y el obispo, en el órden religioso; el soberano, en el órden civil y político; el padre, en órden á la familia. Cada uno de éstos es superior legítimo; y tiene derecho de mandarnos en nombre de Dios; pero observando, por su parte, y ante todo, el órden establecido por Dios. Hemos ya dicho antes cuál es este órden: en la subordinacion regular de la familia al Estado, y del uno y de la otra á la Iglesia.

Así, pues, para que una disposicion de mi padre me obligue en conciencia, es de necesidad absoluta lo que he afirmado; pero tambien basta para ello que no esté en oposicion evidente con la ley del Estado ó la ley de la Iglesia. Para que un mandato del poder civil me obligue á su vez, es preciso y basta que no sea contrario á una ley, ó á la direccion de la Iglesia. Sin esta condicion indispensable no

estamos obligados á obedecer, á lo menos en conciencia, y lejos de ser una ley, este mandato no es mas que un abuso del poder, un capricho tiránico, una violacion flagrante y culpable del órden divino.

En cuanto á la Iglesia, su garantía con respecto á nosotros descansa sobre la palabra del mismo Dios, quien la asiste siempre en el ejercicio de su poder. Ella tiene el privilegio divino, incommunicable de la infalibilidad en toda su doctrina, de tal suerte, que tanto las naciones como los individuos pueden entregarse con toda confianza y sin ningun riesgo á su direccion, y recibir sus mandatos. Escuchar la Iglesia, es siempre escuchar á Dios; despreciarla, es siempre despreciar á Dios: *Quien os escucha, me escucha, quien os desprecia, me desprecia.*

No existe, pues, relacion alguna entre la ley, la verdadera ley, y lo que la Revolucion se atreve á llamar ley. Ella dice: "la ley es la expresion de la voluntad general." No por cierto; la ley es la expresion de la voluntad de Dios: y la *voluntad general* es nada, ó mas bien es criminal, desde que está en oposicion con esta voluntad divina promulgada infaliblemente por la Iglesia católica. Esta

cuestion, es cuestion de fé y de sentido común.

Observad en aquella definicion errónea de la ley la habilidad páfida de la incredulidad revolucionaria: no ataca de frente el dogma católico; hace como si éste no existiera, y de ese modo acostumbra á los pueblos y á los mismos soberanos á separarse de Dios, de la Iglesia y del cristianismo entero. Es como la *religion del hombre honrado*, que usurpa el puesto de la Religion cristiana, y que no es otra cosa mas que la ausencia total de toda religion. El ateismo social y legal viene del 89; es muy real, aunque puramente negativo. No mas Dios, no mas Cristo, no mas Iglesia, no mas fé; y en lugar de todo esto, *el Pueblo y la Ley*. Yo miro la ley, la legalidad, tal cual la Revolucion nos hace practicar, como una seducccion satánica, mas peligrosa que todas las violencias.

Excusado es decir que todas las leyes civiles y políticas que no son contrarias á las leyes y derechos de la Iglesia, obligan en conciencia á sacerdotes y obispos, lo mismo que á los otros ciudadanos. En caso de duda, solamente la Iglesia, por medio de los obispos y del soberano Pontífice, tiene facultad para decidir si es

preciso ó no obedecer. Si, al contrario la, ley civil es *evidentemente* contraria al derecho católico, entonces viene el caso de contestar, como los primeros discípulos de Jesucristo: *Mas vale obedecer á Dios que á los hombres.*

XVII.

La libertad.

Esta es otra máscara que debemos arrancar á la Revolucion; esta es otra palabra grande y santa de la lengua cristiana, de la que abusa á cada paso el génio del mal.

La libertad, en su sentido mas elevado, es la facultad de hacer el bien, es decir, de cumplir enteramente la voluntad de Dios. La libertad absoluta y perfecta no es de este mundo; esta solo la tendremos en el cielo. En este mundo siempre es imperfecta la libertad, la facultad de hacer el bien. Con esta facultad de hacer el bien tenemos tambien *la posibilidad* de obrar mal; esta posibilidad, entiéndase bien, no es una facultad, un poder; es una debilidad, una falta de poder. Nuestra libertad de la tierra es, pues, imperfecta, por estar limitada con algun obstáculo

procedente de la debilidad humana, ó de la perversidad de los hombres, ó de los ataques del demonio.

En religion, la libertad consiste en poder conocer y practicar plenamente la verdad religiosa, es decir, la Religion Católica Apostólica Romana. Para el Papa y los obispos, la libertad es la facultad plena y entera de enseñar y gobernar los fieles; y para éstos, la de poder obedecer á aquellos sin impedimento alguno. La verdadera libertad religiosa no es mas que esto. En el órden civil y político, la libertad es, para los que gobiernan, el poder ejercer todos sus legítimos derechos; y para gobernantes y gobernados, la facultad de cumplir sin estorbo todos los verdaderos deberes de ciudadanos. Todas las verdaderas libertades, civiles y políticas, están comprendidas en esta definición, á lo menos en lo que tienen de esencial. En fin, en el órden de la familia consiste la libertad, para el padre y la madre, en la facultad de ejercer plenamente sus derechos verdaderos sobre los hijos y sus servidores; y para todos ellos la de cumplir sus respectivos deberes. Todo es, pues, bueno y santo en la libertad, en la verdadera libertad; cuanto mas completa sea, tanto mas órden habrá; la

autoridad misma solo está instituida para proteger la libertad.

Sentado esto, hay tres maneras de entender y desear la libertad, tanto para las sociedades como para los individuos:

1ª Libertad de hacer el bien con los menos impedimentos posibles.

2ª Libertad de hacer el bien y el mal con igual facilidad en lo uno y en lo otro.

3ª Libertad de hacer el mal poniendo trabas al bien.

1ª La primera de estas formas constituye la verdadera y buena libertad, la menos imperfecta en este mundo, la libertad tal cual la quiere Dios y tal cual la Iglesia la pide, la enseña y la practica. Esta libertad, relativamente perfecta, no es una utopia; es lo mismo que la justicia y las demas virtudes morales propuestas por Dios y su Iglesia á los hombres y sociedades; estas virtudes son practicadas casi siempre con imperfeccion, pero siempre son practicables, y debemos procurar practicarlas con la mayor perfeccion posible.

Así sucede con la libertad: cuantos mas medios se nos dan para obrar bien, mas libres somos; y cuanto mas libres somos, mas nos acercamos al orden y á la verdad. Cuanta mas facilidad nos dan los po-

deres de este mundo para obrar bien, tanto mas apartarán los obstáculos que molesten la libertad, y tanto mas obrarán los designios de Dios, que quiere el bien en todo, y en todo rechaza el mal.

Y si se pregunta cómo podrán los poderes humanos conocer con certeza cuáles sean los obstáculos que deben alejar para proteger y desarrollar la libertad, es muy fácil la respuesta: la Iglesia los dirigirá con toda seguridad en lo que toque al orden religioso y moral, como hemos dicho ya; y en las cuestiones puramente temporales y políticas, una vez puesto á salvo el interes superior de las almas, estos poderes tomarán todas las medidas que les dictaren la experiencia y la razon, para asegurar la libertad del bien y comprimir el mal.

2ª La libertad de hacer el bien y el mal: igual proteccion acordada á los buenos y á los malos, á la verdad y al error, á la fé y á la herejía; esta es la segunda forma bajo la que puede concebirse la libertad. Así la conciben los *liberales*.

No hablo aquí de aquellos impíos que piden igual libertad para el bien y para el mal, con la esperanza de ver á éste triunfar de aquel; hablo de los liberales honrados y cristianos que aman la Iglesia,

que detestan el desórden y la Revolución, y que aceptan la lucha, porque creen de buena fé que el bien acabará siempre por triunfar.

Temiendo éstos, sin duda, chocar de masiado con los indiferentes é impíos, hacen concesiones sobre los principios, y rechazan, tachándola de imprudente y perniciosa, la nocion pura y verdadera de la libertad, tal cual la profesó la Iglesia católica diez y ocho siglos hace, y tal como acabo de presentarla en cuatro palabras. Ellos dejan el terreno de la verdad inflexible; dejan la casa paterna para correr tras del hijo pródigo, para procurar volverlo á ella.

Yo creo que estos liberales van muy engañados, y que la verdad entera, solamente la verdad, es capaz de librarnos del azote revolucionario: *Veritas libera bit vos*, dice el Evangelio. Me parece que los liberales dan muestras de poca fé y de poco valor cuando abandonan de este modo el partido de la Santa libertad; *de poca fé*, porque dudan prácticamente de la Providencia de Jesucristo sobre su Iglesia, y porque aceptan como un hecho consumado la dominacion infame de los principios revolucionarios en el mundo; *de poco valor*, porque adoptan demasiado

á menudo las ideas liberales, para no ser tachados por el mundo moderno de espíritus retrógrados y absurdos, de utopistas y de hombres de la edad media.

Estos mismos liberales ponen como principio lo que no es mas que *una necesidad de transicion*, y no ven que este pretendido principio de igualdad entre el bien y el mal es tan contrario á la fé como al sentido comun.

¿No tenemos la experiencia de cada dia para hacernos ver que, á causa de la corrupcion y decadencia de nuestra pobre naturaleza, mas nos inclinamos al mal y no al bien? ¿No es esto un hecho incontestable y ann de fé? Favorecer igualmente al uno que al otro, seria esponernos á una perdicion casi segura. Poner la verdad en la misma línea que el error, al bien en la misma que al mal, y la justicia enfrente de nuestras pasiones desordenadas, seria entregar la verdad al error, el bien al mal, la justicia á las pasiones. Esto es lo que hacia decir á San Agustin: *Quæ peior mors animæ quam libertas erroris?* "La peor muerte para el alma es la libertad del error."

Lo que es verdad de cada uno de nosotros, lo es mucho mas tratándose de las sociedades. Ninguna sociedad puede ser-

Vir á dos señores, y el justo-medio és imposible en cuestion de principios.

“Pero entonces, nos dice el liberalismo, sean ustedes lógicos consigo mismos, y no pidan, como lo hacemos nosotros, que se les pongan bajo un mismo pié que á nuestros contrarios.” De ningun modo pedimos esta igualdad como un principio; lo que hacemos es un argumento *ad hominem* á los poderes opresores, y nada mas. Nos dirijimos razonablemente á su equidad natural, sin entrar en lo mas mínimo en la cuestion de principios. Les decimos: “Otorgadnos al menos lo que otorgais á los demás ciudadanos; esto es de derecho natural.” Hablando así, estamos acordes católicos y liberales. Pero esto no es una razon para no desear cosa mejor, para no tener inclinacion hácia un estado normal. La libertad del liberalismo vale mas que la opresion, lo confesamos; pero no debe mirarse como un fin, y mucho menos como un principio.

“La Iglesia, se dirá, ha reclamado esta igualdad en todas sus pruebas.” Cierto; pero ¿en qué sentido lo hizo? La Iglesia jamás reclamó la libertad bastarda del bien y del mal, aun en medio de las persecuciones. Los apologistas del cristianismo, no me cansaré de repetirlo, solo ha-

cian argumentos *ad hominem* á sus adversarios; jamás aprobaron, como se aprueba un derecho, la libertad del error y del mal, que perdía las almas alrededor suyo. La Iglesia es la sociedad del bien, de la verdad; no quiere ni puede querer sino la verdadera libertad, la libertad del bien, el poder de enseñar y practicar la verdad. ¡Por amor de Dios, no confundamos lo posible con lo deseable, y no pongamos como principios unas necesidades harto tristes y pasajeras!

“Así, pues, solo hablaremos de autoridad cuando seámos los mas fuertes, y de libertad cuando seámos débiles.” Esto sería muy poco noble, y por esto no lo hace la Iglesia. Débil ó fuerte, oprimida ó triunfante, con la misma voz dice á los hombres buenos y malos: “La verdad y el bien son únicamente dignos de vuestro amor; el mal os pierde. Quanto mas libertad diéreis al bien, tanto mas os bendicirá Dios en este mundo y en el otro; quanto mas diéreis al mal, tanto mas desdichados sereis. Dios solo da la autoridad á los hombres para que protejan el libre ejercicio de lo que es bueno y justo; todo príncipe, magistrado ó padre de familia que se sirve de su autoridad para proteger otras cosas que la justicia, la

verdad y el bien, abusan de los dones de Dios y pierden su alma." Nunca dijo la Iglesia otra cosa. Su derecho y su deber consisten en reclamar siempre de los poderes del mundo la libertad del bien y proteccion para esta libertad.

"Habrá, pues, dos pesos y dos medidas: libertad para nosotros, y opresion para los demas." La Iglesia, como su Divino Maestro, solo tiene un peso y una medida; no quiere, no favorece sino al derecho, la verdad, el bien; rechaza y detesta todo lo que es error, todo lo que es malo é injusto. ¿Cuál es el cristiano que se atreva á decir que Satanás tiene en este mundo los mismos derechos que Jesucristo? Esto es, sin embargo, lo que encierra en sí la pretension del liberalismo. La Iglesia, y todos nosotros con ella, reclamamos los derechos de la verdad, porque ella sola los tiene; negamos lo que se atreven á llamar los derechos del error, de la herejía, del mal, porque el error la herejía y el mal, no poseen derecho alguno. Ya sé que hay necesidades de hecho que algunas veces obligan á la autoridad á cerrar los ojos sobre males que no puede impedir; pero *su deber* es suprimir los abusos lo mejor y mas pronto posible.

Es una cosa muy particular, la indig-

nacion que muestran un gran número de cristianos cuando se trata de la *oposicion del mal*. En el interior de sus familias, y con respecto á sus hijos y familiares, ellos mismos *oprimen y reprimen* el mal, tanto como pueden, aun usando de la fuerza cuando no basta la persuasion. ¡Y estos mismos encuentran malo que la Iglesia, que el Estado obren del mismo modo! Salvando así las costumbres, la fé, el honor y el bienestar de sus familias, ellos cumplen un deber sagrado, el primero de sus deberes; y cuando la Iglesia, el Estado, cumpliendo *este mismo deber*, levantan el brazo para castigar á los corruptores públicos de la fé, de las costumbres de la sociedad entera, entonces la Iglesia y el Estado son tiranos, crueles, intolerantes y fanáticos á sus ojos. Me parece que quien tiene dos pesos y medidas, es mas bien el liberalismo que nosotros.

Este confunde el moderantismo, es decir, la tolerancia doctrinal, con la moderacion, que es la tolerancia personal, la caridad; y en esto se aparta gravemente de la regla católica.

En el fondo, el liberalismo no es mas que un acomodo con la Revolucion, y por esto es por lo que ésta le muestra tanta

simpatía. La libertad del bien y del mal es un atractivo, con el cual la serpiente revolucionaria seduce gran número de espíritus confiados en demasía, como hizo cuando presentó á Eva, con un sin número de promesas fascinadoras, no solamente el fruto del árbol de la ciencia del mal, sino también el de la ciencia del bien y del mal.

“¡Pero entonces, se dice, entregamos la libertad en manos de los poderes de este mundo, y harta sabemos el uso que hacen de ella.”

La Iglesia no se abandona ni se entrega de modo alguno á los poderes de la tierra. Cuando los soberanos temporales escuchan su voz, cuando son cristianos, ella les pide que la faciliten la salvación de todos, protegiendo la libertad de su ministerio, desarmando á los enemigos de la fé, y conteniendo, por medio del temor, á aquellos hombres perversos para quienes no basta la persuasión. ¿Es esto acaso ponerse á la merced del poder?

Cuando un príncipe no es católico, la Iglesia no le pide asistencia alguna, y se contenta con el argumento *ad hominem* que ya he citado. Esto es, poco mas ó menos, lo que hacemos nosotros, según las circunstancias, en nuestras sociedades

modernas, que ya no descansan sobre la base católica. Pedir mas, seria una gran imprudencia, y, por otro lado, puramente perder el tiempo.

“¿No creemos, pues, en el poder de la verdad cuando le buscamos apoyos humanos?”

Creemos, y muy de veras, en el poder de la verdad, y creemos tambien con ardor y muy prácticamente en el pecado original. Todo lo que es bueno, necesita proteccion en este mundo, porque el mundo está pervertido y hay en él muchos malos. La sociedad, así religiosa como política, solamente fué establecida por Dios para organizar la defensa de los buenos contra los malos. El Estado protege el comercio, las artes, las ciencias, la propiedad; y siendo cristiano, ¿no había de proteger el don mas precioso del cielo, la verdad, esta libertad, este derecho de nuestras almas? Observad que proteger no es dominar, y si demasiadas veces los príncipes han entendido así la proteccion, se han equivocado grandemente, y Dios los ha castigado por ello; pero este abuso no ha destruido el principio, y la Iglesia ha tenido y tendrá siempre razon de decir á las sociedades humanas: “Vosotros debéis ayudarme.”

"No es tan sólo para el gobierno de la sociedad temporal, sino *sobre todo para la protección de la Iglesia*, que se dió el poder á los príncipes (1)." Así habla Gregorio XVI; y Pío IX, mas explícito aún, declara que "no se ha dado solamente á los príncipes la autoridad suprema para que gobiernen el mundo, sino *principalmente para que defiendan la Iglesia* (2)." El mismo Pío IX toma textualmente esta sentencia del Papa San Leon el Grande. Esta es la enseñanza formal de la Santa Sede, en la que deberían pensar un poco mas los liberales que son verdaderamente católicos.

"Pero ¿se nos negará que hay liberales y liberales?" Esto es cierto; pero ¿hay acaso liberalismo y liberalismo? Todo está en esto, porque es cuestion de principios y no de personas. ¿Quién no rinde homenaje al carácter y rectas intenciones de los liberales católicos? Lo que me parece evidente es que éstos defienden la buena causa de un modo que la comprometen, con una prudencia muy falsa, sin espíritu de fé, con argumentos que faltan por la base; y esto es así, porque el libe

(1) Encíclica de 1862.

(2) Encíclica de 1846.

ralismo no es capaz de sostener un examen sério. En el fondo, mis partidarios no están bien persuadidos de lo que quieren; creen tener una doctrina, y solo tienen sentimientos; creen defender principios, porque presentan algunos de ellos; mas estos principios, separados del principal, son ramas separadas del tronco, y por consiguiente, faltas de savia y de vida.

La libertad del bien y del mal: hé aquí en dos palabras el resumen de la tesis liberal. Adóptese con intenciones cristianas ó perversas, siempre queda lo que es: *un grave error*, y un error práctico muy peligroso, porque es seductor; un error muy útil á la Revolucion, porque la prepara el camino. Por esto fué que el Papa Pio IX, sin hacer distincion alguna, condenó, no las intenciones de los liberales, pero sí el liberalismo; y por eso su antecesor, Gregorio XVI, ya habia condenado, con una energía verdaderamente apostólica, el mismo falso principio de libertad en sus dos principales aplicaciones: *libertad de conciencia y libertad de imprenta*. (1).

Perdone el lector si he hablado tan largamente sobre el liberalismo; es una cues-

(1) Enciclica *Mirari*, 13 de Agosto de 1852.

tion del dia, sobre la que necesita estar bien afirmado. Sin embargo, conviene saber que á pesar de estas divergencias, que son en realidad mas bien cuestiones de conducta que cuestiones de doctrina, todos los cristianos de honradez, todos los católicos ilustrados están acordes contra la Revolucion; y las disensiones que existen entre ellos no son mas que malas inteligencias, cuestion de palabras y de fórmulas.

Vuelvo á tomar el curso de mi objeto; y habiendo hecho ver la libertad tal cual la entiende la Iglesia, y la libertad tal cual la entiende el liberalismo, voy á tratar de la libertad tal cual la entiende la Revolucion.

3.º La libertad revolucionaria es la libertad de hacer el mal, impidiendo se haga el bien, oprimiendo á la Iglesia y á sus Pastores, pisoteando los derechos legítimos del poder, violando los derechos de la familia. Inútil es, entre gentes honradas, pararse á discutir sobre este punto. Hacer el mal en perjuicio del bien, ya no es libertad, es licencia; ya no es uso, sino el abuso, el abuso sacrilego del mas magnífico don de Dios. Solo un perverso y un criminal puede entender y querer de este modo la libertad.

Se ha pretendido que ésta era libertad del año 1793: yo por mi parte afirmo que tambien era ésta la libertad de 1789, al menos en lo concerniente á la Iglesia y á la fé. Bastante lo han probado los hechos, y sin verter sangre, puede muy bien oprimirse al bien. ¿No son acaso las leyes revolucionarias mas peligrosas aún que el cadalso?

Tales son, segun creo, las verdaderas nociones de la libertad. Se aplican tanto al orden religioso como al orden político y al orden íntimo de la familia. Cada cual puede con estos principios juzgar fácilmente lo que hay de bueno y de malo en esto que nuestras instituciones modernas dan en llamar libertad religiosa, libertad de cultos, libertad de imprenta, y en general libertades políticas.

La libertad religiosa bien entendida consiste en poder practicar, con los menores estorbos posibles, la Religion, la verdadera Religion; ella impone al soberano temporal la obligacion de proteger, *en lo posible*, el ejercicio pleno y entero de la Religion católica, que es la sola verdadera religion, y ayudar de este modo á la Iglesia en su santa mision. “El príncipe, dice San Pablo, no lleva en vano su espada; pues es el ministro de Dios para el

bien: *Non enim sine causa gladium portat; Dei enim minister est in bonum, vindex in iram ei, qui malum agit* (ad Rom., xiii). “Pregunto: ¿Qué mayor bien para un pueblo, como para un particular, que el poder conocer y servir á Dios con toda libertad, y cumplir con el primero y mas grade de todos los deberes?

He dicho antes *en lo posible*, porque sucede que así el soberano, no como el padre de familia, se vé obligado á *tolerar* muchas cosas que no puede impedir, aun que sean dañosas para los intereses espirituales de su pueblo. Su deber no es el atropellarlo todo por medidas imprudentes, sino el preparar por todos los medios legítimos, un mejor porvenir. Está obligado en conciencia á extirpar el mal que pueda, y sin esperar. *Vindex in iram ei, qui malum agit*.

“Y los judíos y los protestantes, ¿qué se hace de ellos?” Una de dos: ó ellos ya han introducido el error en un país católico, ó aun no se han establecido y quieren entrar en él. En el primer caso, el deber de un soberano católico es tolerarlos, y asegurarles, como á los católicos, todos los derechos civiles; pero impedir al mismo tiempo que propagnen sus errores deletéreos. Si puede, debe procurar

que se conviertan, facilitándoles el ministerio de la Iglesia. En una palabra, es el papel de un buen padre para con sus hijos. Pero en el segundo caso, el deber del príncipe es del todo diferente, aunque sea en el fondo el cumplimiento del mismo deber. Si quiere permanecer fiel á su alta mision en este caso, debe impedir á todo trance que la herejía manche la fé de sus súbditos, y tratar á los propagandistas como á injustos agresores. La herejía no tiene entonces derecho alguno.

“Y en los países protestantes, ¿qué deberá hacer el soberano?” Mal puede un soberano protestante aplicar un principio verdadero protegiendo una religion falsa. No estará la culpa en el principio; y la desgracia del soberano y del pueblo será únicamente la de ser protestante. Sucede á menudo que se aplican principios verdaderos en falso; el demonio tuerce en provecho suyo las instituciones mas excelentes. Jesucristo, por otra parte, tiene el derecho de echar á Satanás, porque Satanás es un rebelde, un injusto, un usurpador y un sacrílego. Satanás, al contrario, ningun derecho tiene contra Jesucristo, porque Jesucristo es legítimo Señor, bueno, justo y Santo. Le mismo sucede con respecto á la Iglesia y á la herejía.

Lo que acabamos de decir en este capítulo se aplica igualmente á la libertad de imprenta, á la de enseñanza y educación, y á todas las libertades políticas. Nunca podria ser un hombre bastante *liberal* si comprendiera bien la libertad, y nunca se comprenderá ésta sino yendo á la escuela de la Iglesia. Solamente la Iglesia es la madre de la libertad sobre la tierra, al mismo tiempo que es la protectora y la salvaguardia de la autoridad.

XVIII.

La Igualdad.

Una palabra solamente diré sobre esta cuestión, para distinguir lo verdadero de lo falso. Como para la libertad, distinguimos para la igualdad tres clases: la una buena, la otra que parece buena, y no lo es; la tercera, que ni lo es ni lo parece.

1ª La igualdad cristiana, que es la sola absolutamente verdadera y absolutamente posible, y que por esta razón es la sola admitida y practicada por la Iglesia, que ha enseñado siempre que todos los hombres son hermanos, que no hay mas

que una misma moral, una misma religion, un mismo juicio, un mismo Dios para pobres y para ricos, para soberanos y para vasallos, para pequeños y para grandes. Nuestras iglesias son los únicos verdaderos templos de la igualdad entre los hombres, y nuestros Sacramentos, sobre todo el de la Santa Eucaristía, los símbolos instituidos divinamente para recordarnos á todos esta igualdad fraterna y eterna.

2.^a La igualdad liberal de 1789, que domina en nuestras leyes modernas, que es una mezcla de ideas verdaderas y falsas, como los mismos principios proclamados entonces; esta igualdad, admisible en muchos puntos, por ejemplo, en la repartición de impuestos, en el goce de los derechos civiles, &c., esta igualdad es contraria á la ley de Dios en otros puntos, por ejemplo, en lo que toca á inmunidades religiosas. Por otra parte, es muchas veces imposible en la práctica, aun cuando exista teóricamente en las leyes. ¿Cuál es el país donde los grandes dignatarios, los personajes influyentes, no tienen muchos privilegios de *hecho*, que destruyen la igualdad civil y política, y que ninguna ley podrá jamás abolir?

3.^a La igualdad revolucionaria, la igual

dad del 98 y de la guillotina, la igualdad salvaje de Prudhon, es decir, el nivelamiento absoluto de todas las condiciones, el socialismo, el comunismo, la anarquía.

Estas distinciones, puramente de sentido comun, bastan para resolver muchas discusiones en las que todos los hombres honrados están acordes en el fondo, y sobre las que, como en las anteriores, solo se disputa por falta de entenderse.

XIX.

Algunas aplicaciones prácticas de los principios del 89.

¿Quiere saberse de qué modo, de medio siglo acá, la prensa revolucionaria de todos los matices pretende aplicar prácticamente los principios de 89? Aquí teneis unas cuantas muestras de ello; son hechos que no se pueden negar.

La indiferencia religiosa, favorecida por las instituciones civiles, que va invadiendo mas y mas las sociedades.—La fé, que pierde cada dia su saludable imperio, batida continuamente en brecha por un periodismo imprudente.—La civilizacion material, que prevalece por todas partes

sobre la civilización moderna y cristiana, y que desarrolla en toda Europa el materialismo y el lujo. El respeto á las autoridades arrancado casi del todo de los corazones, al par que el espíritu de independencia se ha desarrollado mucho mas de lo que debiera; y esto en la familia, en el Estado, en la Iglesia.—La educación y enseñanza de la juventud confiada las mas veces á seculares sin religion, que no tiene ni la mision ni la voluntad de hacer conocer á sus educandos la verdad católica, y mucho menos la de hacérsela practicar.—Las instituciones católicas mas sagradas, como el matrimonio, las congregaciones religiosas, las reuniones sinodales de los Pastores de la Iglesia, &c., todas ellas atacadas, y algunas veces suprimidas del todo, por autoridades seculares del todo incompetentes.—Todo cuanto viene de Roma, sospechoso; todo cuanto resiste á Roma, alentado y premiado.—La opinion pública pervertida por las falsas libertades, y amotinada en toda Europa contra las ideas católicas, contra el Papado.—La Iglesia despojada del derecho de propiedad, y entregada de este modo al Estado.—En fin, todos los principios falseados, los poderes envilecidos, la fé cada dia mas debilitada, resucitado el

protestantismo, pueblos enteros viviendo sin Dios y sin religion alguna, la indiferencia perdiendo almas en una proporcion enorme, &c.; todo, todo esto se vé hecho en nombre de la *Ley*, en nombre de los *principios modernos*.

Este es, para la Iglesia, el resultado práctico; estos los frutos de la Revolucion *moderada*, de la Revolucion del 89.

Por otro lado, si echais la vista por la Europa moderna, hija del 89, ¡qué espectáculo se ofrece á vuestros ojos! Mas revoluciones, y revoluciones sociales, en un año que antes en un siglo; pueblos que juegan con las coronas de sus Reyes, como niños con juguetes; en el espacio de setenta años *treinta y nueve* tronos derribados, *veintidos* dinastías desterradas, que viajan á pié por toda Europa; *veinticinco* Cartas y Constituciones aclamadas, juradas y rotas; las formas de gobierno mas opuestas sucediéndose como las hojas sobre los árboles, como las olas de un mar embravecido. El mundo sobre un volcan, y todos los que aun se llaman Príncipes, Reyes, Emperadores, sacudidos y bamboleándose sobre sus tronos, como el marinero en las vergas de su navío durante la tempestad.

Por los frutos conoced el árbol, y juz-

gad por las consecuencias; ahora, jactaos aún, si os atreveis á tanto, sobre los *principios*.

XX.

De las varias especies de revolucionarios.

Siendo la Revolución una idea, un principio, todo hombre que se deja dominar por esta idea, por este principio, es un revolucionario. Lo es mas ó menos, segun entra mas ó menos en el lazo.

Se pueden y deben distinguir muchas categorías de revolucionarios. Los primeros y mas culpables, que mas se acercan á Satanás, su padre, son aquellos hombres malvados que conspiran á sangre fria contra Dios y contra los hombres, seducen y engañan á los pueblos, y conducen, cual capitanes esforzados, el ejército del infierno al asalto de la Iglesia y de la sociedad. No constituyen éstos mas que un pequeño número; pero los que hay, son imágenes verdaderas del demonio.

A estos siguen aquellos que, menos imbuidos de la idea revolucionaria, pero tan perversos como los otros, conducen tambien la Revolución á su destino final, y quieren abiertamente concluir con el orden social católico y aun con el *verdade-*

no principio monárquico; rechazando, sin embargo, al mismo tiempo el asesinato y el pillaje. Estos son los Mirabeau, los Palmerston, los Cavour, y todos esos impíos que, de un siglo á esta parte, volviendo la política, las leyes é instituciones civiles contra la Iglesia de Jesucristo, son el azote de la sociedad cristiana. Estos saben contenerse mas que los primeros, saben colocar con mas habilidad sus proyectos aticatólicos, y no inspiran horror; pueden hablar y escribir á la faz de todos, y disponen de un gran poder material y moral; creen ser los conductores, y son ellos mismos conducidos. El gran número de los revolucionarios de esta clase, y los medios de accion de que disponen, los hacen muy temibles.

Deben ocupar el tercer puesto *hombres de órden hijos del 89*, que quieren hacer abstraccion completa de la Iglesia en todo el órden político y social. Sus intenciones son á veces honrosas; pero les falta el sentido antirevolucionario, que es la fé, que es el sentido católico. No detestan á la Iglesia; aun la conceden cierto respeto vago y efímero; pero no la comprenden, y la impiden salvar la sociedad que solo por ella puede salvarse. La accion revolucionaria de estos hombres es

mas bien negativa que positiva. Son, de un siglo á esta parte, pocos los hombres políticos de Europa que no pertenezcan á esta numerosa categoría de revolucionarios. Casi todo el periodismo europeo está en sus filas y á su servicio. Así es que forman la semilla de los francmasones.

Tras éstos vienen los hombres de imaginacion exaltada, sin ninguna instruccion religiosa, pero que tienen el corazon bueno y noble, que toman las ideas democráticas por arranques generosos, por amor al pobre pueblo, por patriotismo, y de buena fé creen que la Revolucion es un progreso saludable y la religion de la libertad. A esta clase de hombres siempre les gustan las reformas; pero al mismo tiempo aborrecen los motines. Son unos pobres extraviados, que obran el mal sin saberlo. Una instruccion sólida y una conversion religiosa los ganaria completamente para la buena causa.

En fin, muy cerca de nosotros, pero siempre en el campo de la Revolucion, encontramos un número considerable de honrados cristianos, y que practican la Religion; pero poco instruidos, que se dejan deslumbrar por el prestigio del liberalismo, y quieren conciliar el bien con

el mal. Sus preocupaciones de política, de posición social, paralizan prácticamente las ideas de respeto que tienen en su corazón hacia los derechos de su Religión. Les gusta el sacerdote, y sin embargo temen su influencia. Critican de buena gana al Papa y al Obispado, toman fácilmente el partido del Estado contra la Iglesia, de lo temporal contra lo espiritual, y en cuanto á política no tienen mas principio que el liberalismo, que no lo es. La palabra *libertad* basta para trastornarlos, y, á su modo de ver, el único remedio para todos los males es la secularización y la moderación.

Que lo quieran ó no, todas estas clases de hombres pertenecen al partido de la Revolución, al partido del *verdadero* desorden, de la desorganización religiosa y política de la sociedad. Los primeros y segundos son los conductores, y los otros son los instrumentos, cuando no los engañados. Todos están y se hallan envueltos en la inmensa red de que habló mas arriba la Venta Suprema; los últimos, los revolucionarios honrados, detestan y temen á los otros, como un pez pequeño á otro grande; pero siempre sucede que éste devora á aquel.

Que cada cual se examine y se juzgue;

que vea en conciencia, y en la presencia de Dios, si pertenece á una de estas cinco clases que acabo de enumerar. La fortuna, el rango, nada tienen que ver en ello; se puede ser revolucionario en cualquiera de los grados de la escala social; es cosa puramente de *principio* ó de conducta. Cualquiera que en su inteligencia y sus actos, en su conducta pública ó privada, por sus palabras, sus obras, sus ejemplos, de cualquier modo que sea, viole el órden social católico establecido por Dios para la salvacion del mundo, es revolucionario; que sea grande ó pequeño, eclesiástico ó seglar, eso nada hace al caso. Hay revolucionarios en todas partes: en los talleres, en los palacios como en las chozas; hay revolucionarios de frac negro y corbata blanca, lo mismo que los hay de capa y chaqueta.

Solamente los católicos, los verdaderos católicos de corazon y espíritu están fuera del campo de la Revolucion; pero deben andar con mucho cuidado para no dejarse seducir en medio del contagio público. Un solo hombre hay en el mundo que está absolutamente al abrigo de la seduccion, y es aquel á quien dijo Jesucristo: "He obrado por tí, para que tu fé no pueda desfallecer; y tú á tu vez, con-

firma tus hermanos." El Papa, sucesor de Pedro, Jefe de la Iglesia, está protegido por el mismo Dios contra todos los errores, y, por consiguiente, contra el error revolucionario. Como Papa, como Doctor católico, nunca puede ser seducido. Unámonos, pues, indisolublemente á la enseñanza pontifical; levantemos nuestras miradas fieles sobre todas las cabezas, sobre todas las coronas, y aun sobre todas las mitras, para fijarlas en la tiara de San Pedro. Saber lo que enseña el Pontífice romano, Vicario de Dios, y creerlo como él, pensar como él, y decir como él: éste es el medio único é infalible de preservarse de los lazos de la Revolución. ¡Cuántas ilusiones existen sobre este punto entre aquellos que el mundo llama *hombres honrados*, y cuántos lobos hay que se creen corderos!

XXI.

De cómo se forman los revolucionarios.

Una sociedad se hace revolucionaria cuando no reprime los motines y las malas pasiones que minan en su seno los grandes principios religiosos y políticos,

que son, como hemos dicho mas arriba, la base de todo órden social. Pero aquí solo me ocupo del individuo, y para éste, principia casi siempre muy temprano.

¿Veis aquel niño que muerde y pega á su madre? Es un revolucionario en lactancia. A los cinco años hace ruido en su casa, é impone su capricho á su padre y á su madre; este es un revolucionario en ciernes. De estudiante, se mofa de sus maestros, rompe sus libros, y no hace mas que calaveradas; es un revolucionario ganando cursos en la Universidad. De aprendiz, se forma para el vicio, insulta á los sacerdotes que le prepararon para su primera comunión, los buenos Hermanos, á quienes debe su educacion gratuita; es un revolucionario que va formándose. De obrero, se rebela contra su principal, lee y comenta los periódicos demagógicos, se queja del gobierno, entra en las sociedades secretas, hace fiesta los lunes y jamás los domingos, y si se presenta ocasion, sube á las barricadas; es un revolucionario emancipado.—Ahí teneis el revolucionario de chaqueta.

El revolucionario de levita y gaban es en el colegio un discípulo indisciplinado; sus costumbres están corrompidas mucho antes que tenga edad para ello; prepara,

Motines, y tanto hace, que lo expulsan. Llega á la adolescencia, corriendo de liceo en liceo, ya corrompido, sin fé, ambicioso y determinado; es democrata sin saber en qué consiste esto; y si sabe algun tanto ensuciar papel, escribe artículos de periódico; revolucionario meritorio. Escribe para el teatro, ó folletos; si su prosa tiene aceptación, si por ella logra influencia, una de dos: ó *pescar* un empleo, un puesto lucrativo, y entonces se vuelve hombre de orden; ó, al contrario, *no pesca*, y entonces conspira, firmemente decidido, si la cosa va bien y si llega al poder, á apropiarse lo mas que pueda del bien público y á suprimir el *fanatismo* y la *superstición*; gran revolucionario; padre de la libertad. En una palabra, se hace un hombre revolucionario, acostumbrándose á rechazar la autoridad paterna, religiosa y política. El gusto de la rebelion se desarrolla cada año mas, y bajo la inspiracion del demonio, se vuelve muchas veces un verdadero malvado.

XXII.

Cómo se deja de ser revolucionario.

Las sociedades dejan de serlo haciéndose católicas, completamente católicas, y los individuos acudiendo al sagrado tribunal de la confesion. No existen otros medios para lograrlo.

La Revolución es la rebeldía, el orgullo, el pecado; la confesion, y con ella la muy dulce y santa comunión, es la humilde sumisión del hombre á su Criador, es el amor, la fuerza, el orden.

He conocido á uno de estos felices convertidos del campo revolucionario. Habíase entregado á todos los excesos de la rebelión del espíritu y del corazón; había rechazado la Iglesia como una cosa anticuada y perjudicial; la autoridad, como un yugo vil. Siendo representante del pueblo, y perteneciendo al partido de la *Montaña*, había soñado no sé qué regeneración social. Honrado, sin embargo, en el fondo, y sincero en sus extravíos, pronto vió abrirse delante de sí unos abismos que jamás hubieran sospechado; vió de cerca á los revolucionarios, con sus proyectos y sus obras. **Partidario de los fa-**

mosos principios de 89, vió salir de ellos las fatales consecuencias del 93; cogió la Revolucion in fraganti.... y conducido al bien por el exceso mismo del mal, tendió sus brazos desesperados hácia aquella Iglesia que habia desconocido; se arrepintió, examinó, creyó, y depuso á los piés del sacerdote, junto con la carga de sus pecados, la librea horrorosa de la Revolucion. Esto sucedió cerca de diez años há, y desde entonces ha encontrado paz y felicidad. Hace un bien inmenso á su alrededor, dedicándose con santo ardor al servicio de Jesucristo. Y en las filas poco cristianas de nuestros jóvenes demócratas, ¡cuántos nobles corazones, engañados por las *utopías* revolucionarias, buscan esa paz y esa felicidad sin poderlas encontrar! Las aspiraciones de sus almas no quedarán satisfechas sino cuando se sometan al dulce yugo del Salvador, y cuando, volviéndose verdaderos católicos, experimenten el poder divino de la palabra evangélica: "Venid á mí, todos vosotros los que sufrís y trabajáis; yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy maso y humilde de corazon, y encontrareis el descanso de vuestras almas."

Y lo que es verdad para el individuo,

lo es también para la sociedad; el hijo pródigo, el mundo moderno, miserable por estar lejos de la casa paterna, lejos de la Santa Iglesia, no encontrará reposo mas que á los piés de Jesucristo y de su Vicario sobre la tierra.

XXIII.

La reacción católica.

¿Somos reaccionarios? No, si por tales se entienden unos espíritus sombríos, siempre ocupados en echar de menos lo pasado, el antiguo régimen, la edad media: "Nadie, decía el buen Nicodemo, nadie puede volver al seno de su madre para nacer de nuevo." Esto lo sabemos, y no queremos cosas imposibles. Sí: somos reaccionarios, si con esto se entiende ser hombres de fé y de corazón, católicos ante todo, que no transigimos con principio alguno, que no abandonamos verdad alguna, y que respetamos, en medio de las blasfemias y de las ruinas revolucionarias, el orden social establecido por Dios, y estamos decididos á no retroceder ni un paso ante las exigencias de un mundo pervertido, y miramos como un deber de conciencia la ~~reacción~~ *reacción antirevolucionaria*.

Ya lo he dicho: la Revolución es el gran peligro que amenaza á la Iglesia en el día. Digan lo que quieran los *adormecedores*, este peligro está á nuestras puertas, en el aire que respiramos, en nuestras mas íntimas ideas. En vísperas de grandes catástrofes, siempre hubo de estos ciegos, mudos y sordos incomprensibles, que nada quieren ver, nada oír ni comprender. "Todo va bien, dicen; nunca estuvo el mundo mas ilustrado, ni el público mas próspero; nunca el ejército fué mas valiente, ni estuvo la administración mejor organizada, ni se vió la industria mejor, ni fueron las comunicaciones mas rápidas, ni la patria se encuentra tan unida."

Tales hombres no ven, no quieren ver que bajo este orden material está oculto un profundo desorden moral, y que la mina, pronta á estallar, se encuentra en la base misma del edificio. Dormidos y adormeciendo á los otros, abandonan la defensa, la hacen abandonar á los otros, y entregan la Iglesia desarmada en manos de la Revolución.

Y, sin embargo, es mas claro que la luz del día que la Revolución es el anticristianismo, que llama á sí todas las fuerzas enemigas de la Iglesia: incredulidad, pro-

testantismo, cesarismo, galicanismo, racionalismo, naturalismo, falsa política, falsa ciencia, falsa educacion. "¡Todo esto es mio, todo esto sirve para mi obra, exclama la Revolucion; todos marchamos contra el *enemigo comun!* No mas Papa, no mas Iglesia, libertémonos del yugo católico, emancípese la humanidad."

Este es el terrible adversario contra quien todo cristiano está obligado *en conciencia* á resistir y obrar, como hemos dicho, y esto con toda la energía que da el amor de Dios, unido al verdadero patriotismo. Este es *nuestro* comun enemigo; preciso es vencer ó morir.

¿Y cómo vencerémos? Primeramente, repito, no temiendo. Un cristiano, un católico, un hombre honrado solo teme á Dios. Seguros como estamos de que Dios está con nosotros, debemos tambien estarlo de que, tarde ó temprano, la victoria será nuestra. Quizá será necesario que haya sangre vertida, como en los primeros siglos, humillaciones y sacrificios de toda especie; bien puede ser así. Pero al fin vencerémos: *Confidite, ego vici mundum.*

Luego debemos poner al servicio de la *Gran causa* todas las influencias, todos

los recursos de que podamos disponer. Si por nuestra posición social podemos ejercer una acción general sobre la sociedad, sea por nuestra pluma, sea por cualquier otro medio legítimo, no faltemos á nuestro deber católico de hombre público. Hagamos el bien en la mayor escala posible.

Si no podemos ejercer mas que una acción individual y limitada, guardémonos de creer que esta influencia está perdida en medio del torbellino. El Océano solo se compone de gotas de agua reunidas, y convirtiendo individuos, ha llegado la Iglesia á convertir, á trasformar el mundo, despues de tres siglos de indomable paciencia. Hagamos como ella; en frente de la Revolución, universal como entonces el paganismo, busquemos aunque sea individualmente, "el reino de Dios y su justicia, y lo demas nos será dado por añadidura." Jóvenes, hombres maduros, viejos, niños, mugeres, muchachas, ricos, pobres, sacerdotes, seglares, seamos lo que seamos, trabajemos confiadamente, y hagamos la obra de Dios; si el mundo se llena de santos, si la mayoría de los miembros que componen la sociedad se vuelve profundamente católica, la opinión pública reformará por sí misma y sin secu-

dimientos esta sociedad que se pierde, y la Revolucion desaparecerá.

Tengamos para el bien la energía que la Revolucion tiene para el mal. No hace mucho la oímos decir á los hijos de las tinieblas: "El trabajo que vamos á emprender no es obra de un día, ni de un mes, ni de un año; puede durar muchos años, un siglo quizá; pero en nuestras filas, el soldado muere, y la lucha signe. No perdamos valor por un revés ni por una derrota; de derrota en derrota es como se llega á la victoria."

Hijos de la luz, tomad esta regla para vosotros, y aplicadla con el celo del amor. La Iglesia es pobre: ¿sois ricos? dadle vuestro oro: ¿sois pobres? partid vuestro pan con ella. La Iglesia es atacada con las armas en la mano: por vuestras venas corre una sangre generosa; ofrecedle vuestra sangre. La Iglesia se vé calumniada indignamente. ¿Teneis voz? Pues hablad. ¿Manejais una pluma? Pues escribid en su defensa. La Iglesia se vé abandonada, entregada traidoramente por los que se llaman sus hijos: su única confianza está en Dios: haced por vuestras oraciones que llegue pronto el socorro de arriba. Sirvanos á todos de lema el hermoso dicho

de Tertuliano: *In his, omnis homo miles*; hoy día todo católico debe ser soldado.

Ante todo, es preciso en el siglo que atravesamos formarse con cuidado el espíritu y la inteligencia; preciso es fundar la vida sobre principios puramente católicos, para no ser arrastrados, como muchos, por todos los vientos de doctrinas. Casi todos los jóvenes que se entregan á las ideas revolucionarias, carecen de aquellos principios serios y reflexionados, cuyo punto de partido es la fé. En este punto pesa una terrible responsabilidad sobre aquellos hombres que están encargados de instruir á la juventud; de mucho tiempo acá, la enseñanza y la educación son la cuna oculta de la Revolución.

Andémonos con mucho cuidado respecto de nuestras lecturas; hay *muy pocos* libros buenos, muy pocos verdaderamente puros en cuanto á principios políticos y sociales; casi todos ellos desconocen totalmente la misión social de la Iglesia; ó la rechazan, ó no se dignan hablar de ella. No teniendo ya, como punto de partida, la autoridad divina, se ven obligados á basarlo todo sobre el hombre; sobre el soberano, si son monárquicos, y de ahí resulta el absolutismo ó el cesarismo; y si son demócratas, sobre la soberanía del

pueblo, y esto es la Revolución propiamente dicha. En ambos casos hay error fundamental, principio social anticristiano. Los mas peligrosos de estos libros, al menos para lectores honrados, no son los libelos abiertamente impíos, sino mas bien los de falsa doctrina moderada que profesan un cierto respeto á la Iglesia: 89 es mas peligroso que 93.

Desconfiad sobre todo de los libros de historia. Solamente de algunos años á esta parte, un cambio feliz, debido á la buena fé y estudios mas concienzudos, nos ha proporcionado algunas obras preciosas, que bastan para disipar las preocupaciones y los errores (1). Hace tres siglos que la historia ha sido trasformada en una verdadera máquina de guerra contra el cristianismo: antes por el odio protestante, y mas tarde por el volterianismo, se ha vuelto, dice el conde de Maistre, "una conspiracion completa contra la verdad."

(1) Entre otras cosas citaré: *La Defense de l'Eglise*, por Gorini; *Histoire de l'Infaillibilité des Papes*, por l'Abbé Constant; y, en fin, la excelente *Historia Universal de la Iglesia*, por Rohrbacher, que es un verdadero repertorio de todos los documentos que pueden formar y fijar la inteligencia de un jóven católico.

Lo que es verdad de los libros, lo es tambien, y mucho mas, de los *periódicos*; esta peste pública que envenena al mundo entero. Casi todos ellos son los campeones manifiestos ú ocultos de la Revolucion.

Nada es tan peligroso como un periódico no católico; su lectura continuada cada dia se insinúa pronto y profundamente en las cabezas mejores, y acaba por falsear el juicio. Os lo suplico: no os abandoneis á ninguno de estos periódicos, y menos todavía á los que cubren sus malas y perversas doctrinas con una máscara de honradez y se dicen conservadores. "No hay peor agua que la estancada."

En fin, recomiendo á los jóvenes una instruccion religiosa muy fuerte y sólida. No me atrevo á hablarles de la *Summa* de Santo Tomás, obra maestra incomparable, que reúne con un orden magnífico, toda la doctrina religiosa, toda la tradición católica; pero las inteligencias han bajado de tal modo desde que la fé no sostiene la razon, que en el dia ni aun se está en estado de comprender lo que aquel gran Doctor ofrecía á los *estudiantes* de la *Edad media*, como "leche para los principiantes,"

Entre muchas obras de fondo, reco-

miendo la *Teología dogmática* y la *Exposición del derecho canónico*, por el cardenal Gousset; la *Regla de fé*, por el P. Perrone, y los hermosos *Estudios filosóficos*, de M. Nicolás; como resumen de la doctrina cristiana, el gran *Catecismo del Concilio de Trento*, traducido por Mons. Doney; en fin, las excelentes *Respuestas populares* del P. Trance, que reúnen con extraordinaria lucidez y con una doctrina muy pura todas las controversias que están á la órden del día.

No basta la claridad en la inteligencia; precisa es además la santidad del corazón. Toda persona que quiera producir en sí una verdadera reacción contra el mal que nos devora, debe vivir como verdadero cristiano, llevar una vida pura, inocente, extraña al mundo, y en todo animada por el espíritu del Evangelio. Debe orar á menudo y comulgar con frecuencia, bebiendo así, en este manantial vivo, la vida verdaderamente cristiana y católica. Los hombres de fé, de oración y de caridad son los únicos que poseen el secreto de las grandes victorias.

Esta debe ser nuestra *reacción* contra la seducción de los falsos principios y el torrente universal de corrupción. Este es nuestro deber, deber del cual darémos

cuenta á Dios cuando nos llame á su presencia. Este deber mira ante todo á los que directa ó indirectamente tienen cargo de almas: los pastores de la Iglesia, obispos y sacerdotes, doctores del pueblo cristiano encargados por Dios de enseñar á todos los hombres todos sus deberes y preservarlos de los lazos de la mentira; los jefes de los Estados que, como hemos dicho, deben vigilar indirectamente por la salvacion de sus pueblos, facilitando á la Iglesia su saludable mision; en fin, los padres y madres, cuyo ministerio consiste, ante todo, en hacer de sus hijos buenos cristianos y hombres de corazon.

¡Bendiga Dios nneestros esfuerzos, y sálvese el mundo por segunda vez por los cristianos!

XXVI.

¿Es pceelso luchar contra lo imposible?

Todo consiste en saber si es *imposible*. Dicen en Francia que esta palabra no existe en el vocabulario frances. ¿Es verdad? No lo sé; lo que sí sé es, que no es palabra cristiana. "Lo que es imposible para el hombre, siempre es posible para

Dios." Siendo el mundo pagano, lo que todos sabemos que era, ¿no parecía imposible, y tres veces imposible, que doce pescadores judíos lo convirtieran á la *locura de la Cruz*? ¿No parecía imposible que San Pedro reemplazase á Nerón en el Vaticano? La historia de la Iglesia es la historia de las imposibilidades vencidas; es la realizacion permanente del oráculo del Salvador: *Et nihil impossibile erit vobis*. "Para vosotros nada será imposible." (Luc., xvii, 19.)

Si no me engaño, es menos difícil de arreglar el mundo actual, que lo que fué para nuestros padres el arreglar el mundo pagano. Empleemos los mismos medios, las mismas armas, y la fé triunfará ahora como triunfó entonces.

"Sea, dirán algunos cristianos tímidos; pero habiéndose esparcido y arraigado por todas partes las ideas modernas y democráticas; pareciendo un hecho consumado la imposibilidad para la Iglesia de ejercer sus derechos sobre las sociedades, y pareciendo que el porvenir debe favorecer mas y mas este estado deplorable de las cosas, ¿no sería quizá mas razonable, y acaso aun mas útil á la buena causa, el aceptar el hecho, el hacer concepciones sobre el derecho, y contemporizar

sin temor con los principios modernos! Obrando de otro modo, ¿no nos exponemos acaso á comprometerlo todo? Y ¿será esto exponer la Religion á recriminaciones públicas?”

Guardaos de creer esto. En los tiempos de transición como el nuestro, los hombres no pueden pasarse sin la verdad, sin la verdad entera. Las verdades han sido debilitadas y abandonadas por las pasiones humanas: *Diminutæ sunt veritates à filiis hominum*. Como depositarios de todos estos principios sagrados de la vida religiosa, social, política y doméstica, devolvámoslos al mundo, que se muere por falta de conocerlos. Abajo, pues, con la prudencia humana; lo perdería todo. *Prudentia carnis, mors est*. Seamos prudentes, esto sí; pero prudentes en Cristo. Pasarémos, como siempre, por insensatos, pero serémos muy sábios. “Insistamos, como nos lo manda la fé, insistamos oportuna é inoportunamente; reprendamos, supliquemos, señalemos el mal con toda perseverancia y doctrina.” Estas son las palabras del Apóstol San Pablo, que nos lo pide con instancia: “Delante de Dios y de Jesucristo, Juez de vivos y muertos;” y añade, profetizando las debilidades humanas y de los tiempos en que vivimos:

"Porque vendrá un tiempo en que no se tolerará la sana doctrina, sino que los hombres se abandonarán apasionadamente á una multitud de doctores aduladores, y desviándose de la verdad se alimentarán de fábulas. En cuanto á vosotros, velad y no temais el castigo (II ad TIM., IV.)" Nadamas claro que esta regla de conducta; tengamos, pues, el valor de adoptarla.

"¡Pero se clamará contra la Iglesia!" Se clamará, y luego ya no se gritará mas. ¿No se grita acaso en el dia? ¿Qué es el periodismo, qué es la política en toda Europa sino un grito permanente contra la Iglesia, bajo el nombre de *partido clerical*, de *ultramontanismo*, de *fanatismo*? Hablemos alto y fuerte en medio de este clamoreo; acordémonos que nos está prohibido el callar: *Vae mihi, quia tacui!*

"Pero pidiendo demasiado, nada obtendreis." De ningun modo pedimos demasiado; pedimos lo que Dios quiere, y lo que los hombres deben darle; lo que es justo, y, en fin, lo que solamente puede salvarnos á todos. Observadlo bien; aquí se trata de una cuestion de vida ó muerte, como en otro tiempo, entre el paganismo y el cristianismo; son dos principios que se excluyen el uno al otro, la

Iglesia y la Revolucion, Jesucristo y el diablo; entre ellos no hay término medio. Por otra parte, ¿tendriais aun la simpleza de creer que las concesiones sirven de algo con los revolucionarios? “Una sola concesion puede satisfacernos: *esta es la destruccion completa y entera del poder temporal de la Iglesia.*” Estas son las palabras textuales de la Revolucion. Si pediamos poco, nada ganariamos.

“¡Pero debemos ser caritativos!” Sí por cierto; la caridad y la dulzura pueden volver los culpables al buen camino, y por esto hemos de ser siempre dulces y caritativos; pero las cuestiones de principios son cuestiones de *verdad* y no de caridad; y en ellas no hay materia para concesion alguna. Antes que sociedad de caridad, es la Iglesia sociedad de verdad. Nunca deben separarse la verdad y la caridad. La caridad que sacrificase la verdad, dejaria de serlo, y no seria mas que debilidad y traicion.

“¡Pero la prudencia es necesaria aun para decir la verdad, y tampoco se deben tirar las perlas á los cerdos!” Sin duda alguna, pero jamás debe hacerse traicion á la verdad, ni á la Iglesia, ni á Cristo, bajo el pretexto de atraerse con mas facilidad las simpatías de los hombres. Nun-

ca observó la Iglesia tal conducta; nunca recurrieron á esta falsa prudencia los Apóstoles, los Papas ni los Santos. Los cristianos que obrasen de otro modo obrarían mal; y si sus rectas intenciones no los excusaran, serían, á no dudarlo, culpables á los ojos de Dios.

“¡Pero, en fin, todas las verdades no son buenas para dichas!” Ya lo sé; pero esto se entiende solamente de aquellas verdades que hieren sin utilidad alguna, y no de aquellas que pueden curar y salvar. Ahora bien; solo las verdades del orden católico, antirevolucionario, pueden salvar el mundo en el tiempo en que nos hallamos. Proclamémoslas, y con una firmeza caritativa salvemos á nuestros hermanos, aun á pesar suyo.

Y, en fin, como dice el P. Lacordaire en una de sus magníficas Conferencias, “vale mas intentar algo, que no intentar lo.”

No está todo perdido todavía. Las circunstancias son graves, y todos lo reconocen; la Iglesia pierde cada dia mas su influencia, por no decir su existencia *social*; por todas partes hay católicos, y buenos católicos; pero ya no hay poderes católicos, ya no hay Estados constituidos según el orden divino; el mar revolucionario

avanza cada día más, como las olas del primer diluvio; pero, á pesar de todo, siempre existen los elementos de salvacion. Lo repito con seguridad: el estado actual del mundo es un estado transitorio. Una de dos: ó la Iglesia, en un tiempo dado, triunfará de la Revolucion, y en este caso desaparecerian por sí mismas estas necesidades de transicion, que se nos quiere obligar á aceptar hoy dia como principios, dejando el campo libre á los principios eternos del cristianismo, ó al contrario, triunfará la Revolucion por algun tiempo; y entonces, ¿de qué nos habrán servido las concesiones que ahora se nos aconsejan? Si ha llegado "la hora de las tinieblas," la hora del príncipe de este mundo; si está en los altos designios de Dios que sucumbamos en la lucha, defendiendo hasta el fin los derechos de Dios; si así debe ser, al menos habremos sido buenos servidores, y podremos decir con el grande Apóstol: "He combatido por el buen combate, he concluido mi carrera, he conservado la fé. Solo me queda el recibir la corona de justicia, que me dará nuestro Señor, el Divino Juez."

"¿Puede acaso la Revolucion triunfar del todo de la Iglesia? ¿Puede acaso perecer la obra de Dios?"—La obra de Dios

no perecerá, pero sucederá con la Iglesia lo que sucedió con su Divino Jefe; tendrá como El *su hora*, su pasión, su calvario, su sepulcro, antes de reinar sobre el universo entero, y antes de juntar bajo el cayado del Pastor celestial á toda la humanidad. Todo esto lo profetizó el Evangelio.

Pero esta solución *muy posible* de la cuestión revolucionaria, merece que nos detengamos un poco en ella.

XXV.

Terrible y posibílsimo término de la cuestión revolucionaria.

Cierto número de católicos, y entre ellos muchos obispos y Doctores muy eminentes en ciencia y santidad, tienen la profunda convicción de que nos acercamos á los últimos tiempos del mundo, y que la gran rebelión, que viene destruyendo desde hace tres siglos todas las tradiciones é instituciones religiosas, tendrá por fin el reino del *Antecristo*.

Es de fé revelada, que á la última venida de Jesucristo precederán un trastorno moral horroroso y la mas terrible lu-

cha de Satanás contra Jesucristo y su Iglesia: *Erit enim tunc tribulatio magna, qualis nom fuit ab initio mundi usque modo, neque fiet.* (S. MATH., XXIV, 21.) Lo mismo que el cristianismo entero se resume en la persona de su Jefe Divino, nuestro Salvador, lo mismo el anticristianismo entero con sus rebeliones, sus atentados y sus sacrilegios se resumirá en aquellos tiempos en la persona de un hombre que estará lleho de la inspiracion y de la rabia de Satanás, y este hombre será el *Antecristo*. Este será una especie de encarnacion de Satanás, y el esfuerzo supremo de la rebeldía del demonio contra Dios.

La Escritura nos habla claramente, en muchas partes, de la aparicion de éste en el mundo; entre otras, en el capítulo xxiv de San Mateo, en el xxiii de San Marcos y en el xxi de San Lucas; y en muchas epístolas de los Santos Apóstoles (1). En cuanto á San Juan, es el que ha sido escogido por la Divina Providencia para enseñarnos, en la magnífica profecía de su *Apocalipsis*, los dolores que precederán y acompañarán el reino maldito del Antecristo, la destruccion de este, y, por

(1) Véase sobre todo la segunda epístola á los Tesalonisenses, cap. 2.

fin, el reinado glorioso de Jesucristo y su Iglesia (1). El Antecristo reasumirá, decíamos, y en un grado supremo, todos los caractéres de todas las revoluciones anticristianas. Será gran sacerdote como Nerón y como los otros Emperadores paganos; heresiarca como Arrio, Nestorio, Manés, Pelagio, Lutero y Calvino; destruirá y matará como Mahoma y los demás bárbaros; se rebelará contra el Papado como los Césares de la edad media, como el cismático Focio; negará el verdadero Dios en Cristo y su Iglesia, y hará reinar sobre todo el universo el satanismo ó la revolucion perfecta. Despues de una persecucion universal, sin ejemplo desde que existe el mundo, volverá á echar la Iglesia en las Catacumbas, abolirá el culto divino, se hará adorar como el Cristo-Dios, y como tal se creará un Pontífice jefe de su culto impío; y todo hombre que no lleve su marca en la frente ó en la mano derecha, será declarado fuera de la ley y condenado á muerte. El reino revolucionario del Antecristo durará tres años y medio. Nuestros Santos

(1) Véase el *Apocalipsis*, desde el cap. vi hasta el xx, el que refiere la ruina del Antecristo y el triunfo de la Iglesia hasta el juicio final.

Libros contienen la narracion espantosa y profética del mismo, y nos enseñan que la salvacion vendrá, aunque inesperada, con la gloriosa llegada del Salvador en el momento en que todo parecerá estar tranquilo. Esta será la Pascua, la resurrección de la Iglesia, despues de su dolorosa pasion. Entonces quedará despedazado, aniquilado el poder de Satánás; entonces, pero solamente entonces, quedará vencida la Revolucion.

Tenemos indicios muy graves para creer que el reinado del Antecristo no está tan lejano como se piensa. La Revolucion le prepara el camino, destruyendo la fé, seduciendo las masas, envileciendo los caracteres, trabajando, en fin, sin descanso en la abolicion *social* de la Iglesia. Entre las razones que inducen á creer la llegada de la tentacion suprema, indicaré las siguientes á la seria meditacion de los hombres de fé. El valor de ellas es incontestable, y por mi parte las encuentro mas que probables.

1.º Despues de haber anunciado las señales precursoras del último combate, que El llama "*los principios de los dolores,*" *hæc autem omnia initia sunt dolorum,* Nuestro Señor, en al cap. xxiv del

Evangelio de S. Mateo, dice formalmente que la consumacion vendrá cuando el Evangelio habrá sido predicado á todas las naciones: *Pædicabitur hoc Evangelium regni in universo orbe, in testimonium omnibus gentibus, et TUNC veniet consummatio.*

Todos saben que ya apenas queda ningun pueblo al cual no le haya sido predicado el Evangelio. Principalmente de treinta años á esta parte, ha tomado la propagacion de la fé una extension prodigiosa. Se ha evangelizado la Oceanía entera; nuestros misioneros han penetrado hasta el centro de la alta Asia, hasta el Thibet; se ha principiado gloriosamente la evangelizacion del Africa, aun del Africa Central: las dos Américas han sido recorridas en todos sentidos por los infatigables heraldos de Jesucristo. Que pase medio siglo, y quizá menos (gracias á los revolucionarios de Europa, que echan á lo lejos las Ordenes religiosas, y principalmente las poderosas legiones de la Compañía de Jesus); que pase este tiempo, digo, y seguro es "que el Evangelio del reino habrá sido predicado al mundo entero en testimonio para todas las naciones; *et TUNC veniet consummatio*, ENTONCES VENDRA EL FIN." Ahora pregunto: ¿cómo es-

capar á este hecho, á estas palabras y á su consecuencia evidente?

2.^a Está anunciado ademas por el mismo Jesucristo, que al acercarse los últimos tiempos, la fé estará casi apagada sobre la tierra: "¿Cuándo volverá el Hijo del Hombre, pensais vosotros, dijo á sus discípulos, que encontrará fé sobre la tierra?" *Filius hominis veniens, putas inveniet fidem in terra?* (S. Luc., xviii, 8.)

Ahora bien: ¿no es tambien evidente el que, á pesar de la resurreccion religiosa y muy real de un cierto número de almas escogidas, no es evidente que las masas han perdido ya la fé, ó están en camino de perderla? Esto es verdad para Francia; empieza á serlo para Italia y España, &c. El mundo católico está perdiendo la fé, que ya está arruinada en las tres cuartas partes de Europa por el protestantismo, y combatida, amenazada en el universo entero por el furor de este mismo protestantismo reunido al de las demas falsas religiones. Como lo hemos observado mas arriba, la influencia deletérea de la prensa cotidiana bastará ella sola, en muy poco tiempo, para arrancar del corazon de los pueblos una fé que ya está profundamente desarraigada. En todos los siglos cristianos ha habido incrédulos,

pero nunca penetró la incredulidad en las masas y en las leyes del modo que lo viene haciendo hace medio siglo.

Y cuando se recuerdan las palabras de Jesucristo, ¿no se encuentra acaso bastante motivo para reflexionar?

3ª. El Apóstol San Pablo, en su segunda Epístola á los Tesalonicenses, habla muy detalladamente de los últimos tiempos y del Antecristo. Nos da otra señal por la cual podremos conocer que se acerca el peligro: "*Ne terreaniami Quasi instet dies Domini; quoniam NISI VENERIT DICESSIO PRIMUM.*" No temais, como si el día del Señor estuviese cercano; antes de él debe tener lugar la *apostasía*, (cap. II, 3)." Los principales intérpretes de la Escritura, como le expone Santo Tomás, entienden unánimemente por esta palabra *dicessio*, la renuncia general de los reinos á la fé católica y á la Iglesia, la *apostasía* universal de las sociedades y de las naciones, *apostátio gentium*. Y es tambien uno de los caracteres distintivos de nuestra época, al mismo tiempo que la esencia misma de la Revolución, la separación de la Iglesia y del Estado; la *apostasía* de las sociedades como tales, la desorganización social del mundo católico, el ateismo político y legal. Esta *apostasía* de las socie-

dades está ya consumada, ó poco menos. ¿Cuál es el Estado, hoy día, sobre la tierra, que reconozca oficialmente y como una institución divina todos los derechos de la Iglesia, y que se someta, antes que á toda otra ley, á la ley de Jesucristo, promulgada, explicada y aplicada soberanamente por el Papa, jefe de la Iglesia? No existe ya uno solo de éstos. Llegó, pues, la señal dada por San Pablo, y seguramente no es á nosotros, cristianos del siglo xix, á quienes se dirige aquella palabra: *ne terreanimi*: no temais.

“Mas ¿no se ha creído ver en muchas ocasiones de los siglos pasados estas mismas señales? ¿No se ha anunciado ya muchas veces el fin del mundo?” De esto se ha hablado en tres épocas, y no sin razón:

1.^a En el tiempo de Nerón, al acercarse la primera persecución general de la Iglesia, y la destrucción de Jerusalén.

2.^a A la caída del imperio romano, la invasión de los bárbaros y la aparición de Mahoma.

3.^a Finalmente, en el siglo xv, al acercarse el pretendido renacimiento, y cuando se rebelaron Lutero y Calvino.

No hablo del pánico famoso del año 1000, que no ha tenido carácter alguno formal y menos eclesiástico, ni ha estado

fundado bajo la enseñanza de ningún Doctor de la Iglesia, y que no fué mas que una impresion popular.

Las tres épocas que acabo de decir han sido los diferentes planos de un mismo y único cuadro. Cada una de ellas ha sido la figura profética y parcial del acontecimiento final de la catástrofe suprema que las profecías divinas parecen desarrollar mas y mas delante de los ojos, oscurecidos de la generacion presente. Hé aquí por qué en estas tres épocas fué legítimo en la Iglesia el presentimiento del fin del mundo. Jerusalem destruida simbolizaba en el primer siglo la destruccion futura de la Santa Iglesia, ciudad viva de Dios; Nerón era la figura del Antecristo, César y Pontífice pagano, haciéndose adorar por todo su imperio, perseguidor de los cristianos en todo el mundo conocido, dueño de la tierra, verdugo de San Pedro y San Pablo, del mismo modo que el Antecristo lo será de los dos grandes enviados de Dios, Enoch y Elías. No de otra manera cuando cayó el imperio romano, Mahoma, enemigo implacable del nombre cristiano, fué otra figura del Antecristo, como los bárbaros fueron el instrumento de Dios para castigar y derrumbar el imperio de los Césares, la Babilonia.

nia pagana, ébria de la sangre de los mártires.

En fin, en el siglo xv tuvo razon San Vicente Ferrer diciendo al mundo católico: "Despertad y hacer penitencia, la tentacion se acerca;" porque poco tiempo despues, el renacimiento del paganismo y la fatal aparicion de los dos grandes rebeldes Lutero y Calvino, comenzaron esta destruccion universal que se llama la Revolucion; prepararon de antemano su venida y su triunfo, este triunfo desastroso formulado en 89, realizado plenamente, pero de paso, en 93, y desde entonces organizado, y que va tomando cada dia mas posesion de las inteligencias, instituciones, leyes, costumbres y sociedades. Que pase todavía algun tiempo, y la Revolucion dará á luz á su hijo, al hijo de Satanás, adversario del Hijo de Dios, "el hombre del pecado," como dice San Pablo; "el hijo de perdicion, el enemigo que se ensalzará sobre todo lo que se llama Dios ó lo que recibe un culto." El Antecristo, en efecto, no solamente aplastará el cristianismo y la verdadera Iglesia; no solamente abolirá el culto del verdadero Dios, el sacrificio católico y el culto del Santísimo Sacramento, sino que se elevará por encima de todos los dioses de las naciones,

de sus ídolos y de sus ceremonias; y se sentará en templo de Dios, y se mostrará en él como si fuese Dios (1). El misterio de iniquidad quedará consumado en toda su extension, como lo fué al principio, cuando Jesucristo, nuestro Jefe, espiró sobre la Cruz; y Satanás se creará dueño de todo. Su culto público se establecerá por todo el universo, por medio de aquellos prestigios y falsos milagros de que habla el Evangelio. Y estos deberán ser muy poderosos, cuando Nuestro Señor, para prevenirnos contra ellos, nos declara que habrá "que seducir á los elegidos mismos," (si esto es posible): ET DABUNT SIGNA MAGNA ET PRODIGIA, ITA UT IN ERROREM INDUCANTUR (*si fieri potest*) ETIAM ELECTI. (SAN MATH., XXIV.) Segun todas las probabilidades, y segun el testimonio de los antiguos Padres, Roma infiel, á pesar del Papado que perseguirá como en otro tiempo, Roma será la capital del Antecristo y de su imperio; la Babilonia universal, maldita, mas completamente aún que bajo Nerón y los Césares paganos.

(1) *Homo peccati, filius perditionis, qui adversatur, et extollitur supra omne, quod dicitur Deus, aut quod colitur, ita, ut in templo Dei sedent, ostendens se tanquam sit Deus.* II ad Tesselon, II, 3, 4.

Snarez, Belarmino, Cornelio de Lapede, aseguran que esta es la tradicion comun de los Santos Padres, y que esta tradicion tiene un origen apostólico. Uno de los motivos massérios que inducen á creer que nos acercamos definitivamente á estos tiempos nefastos, es que nadie cree en ello, en las tres épocas precitadas se *creia*, y en particular se creia en el fin del mundo; esto era una prueba segura de que aun estaba lejos. Hoy dia ya no sucede lo mismo.

Todavía podria añadir muchas otras consideraciones muy sérias: podria citar muchos otros textos de las Sagradas Escrituras; podria hacer ver muchas analogías entre la obra de seis dias de la creacion del mundo material y las seis edades tradicionales que debe durar la Iglesia, que es la creacion espiritual y la obra divina por excelencia. Cada una de estas edades es de *mil* años, segun todas las tradiciones hebráicas y cristianas, y solo nos faltan cien años, poco mas ó menos, para llegar al fin de la sexta edad, del sexto dia de la Iglesia. Pero todas estas consideraciones nos llevarian demasiado lejos, y si no me engaño, creo haber dicho lo suficiente para demostrar á un espíritu cristiano y no prevenido, que la si-

tuacion presente merece ser tomada por lo sério; y, que segun todas las apariencias, la Iglesia deberá pronto defenderse contra el peligro supremo.

Ante este peligro, acercándonos probablemente á esta prueba sobrehumana, preciso es que todos seamos santos, hombres de oracion y penitencia, enteramente separados de corazon de los bienes perecederos que la Revolucion puede arrebatarnos, usando de este mundo como si no usásemos de él, dirigiendo nuestras miradas hácia la patria celestial, y no viviendo sobre la tierra mas que para la eternidad. Debemos tomar por Reina y Señora de nuestro corazon á la Virgen Inmaculada, la Eucaristía por nuestro pan de cada día, al Santo Evangelio por nuestra lectura predilecta. Vivamos todos para Dios, fuertes en medio del torrente devastador y universal, unidos en todo con un lazo indisoluble al Vicario de Nuestro Señor Jesucristo; busquemos en la pura luz católica el guía fiel que nos hará atravesar con paso seguro las tinieblas de la Revolucion, conduciéndonos hasta el puerto del descanso.

FIN.

DEMCO
STAPLE-SET BINDER
Gray Pressboard

